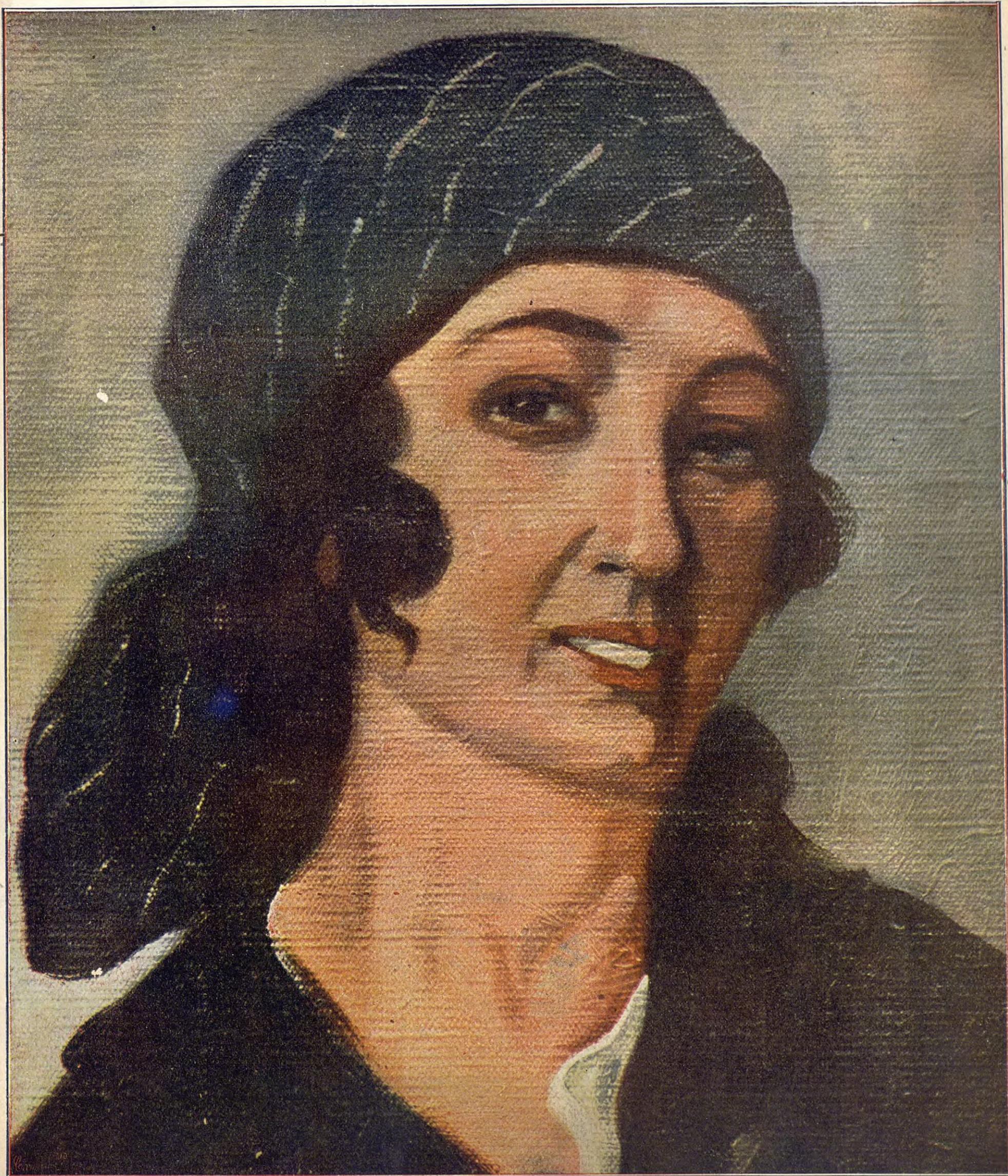


La Esfera



Año I * Núm. 47

Precio: 50 cénts.



TIPO HÚNGARO, por Cerezo Vallejo

R. 45 476



Estoy segura de mis
adoradores, gracias
á mi secreto de usar
el ideal Jabón
HENO de PRAVIA

Ehrmann.

Año I

21 de Noviembre de 1914

Núm. 47

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL PRÍNCIPE LUIS DE BATTENBERG

DIBUJO DE GAMONAL

Primer lord del Almirantazgo británico, que ha dimitido su cargo por razones de política internacional y por creerlo incompatible con su origen familiar y alemán

DE LA VIDA QUE PASA
CUANDO NO HABÍA PERIÓDICOS

He leído que un viajero llegado de América trae en el ojal, en vez de la legión de honor, una medallita que dice: «¡No me hable usted de la guerra. No me hable usted de la crisis!» Parece que en Buenos Aires ha sido necesario prevenirse contra esas dos obsesiones: la guerra en Europa y la situación económica; contra la segunda por la imposibilidad de resolver los problemas á fuerza de hablar de ellos, y contra la primera porque en una sociedad internacional donde conviven tantos europeos, es tema peligroso el de esta lucha en que intervienen franceses, ingleses, belgas, alemanes, austriacos, rusos, turcos, serbios y montenegrinos, sin contar á japoneses, canadienses, cipayos, argelinos, marroquíes y senegaleses.

¿Y en España? En España dentro de poco habrá que defenderse también con medallitas que digan: «¡No me hable usted de la guerra». Las fobias de una y otra clase están ya desatadas. Es difícil mantener la neutralidad en la conversación y como nosotros, españoles, conservamos desde tiempos inquisitoriales demasiada tendencia á imponer nuestras ideas y á odiar, despreciar ó ignorar—que es peor—las del contrario, los choques verbales nos exponen á frecuentes disgustos. La guerra lleva dentro todo un mundo ideal, informe todavía, que cada cual sondea y adivina según su temperamento, su cultura y hasta su conveniencia. Nos anticipamos al telégrafo para suponer quién triunfará y nos anticipamos al estudio serio y detenido de los orígenes de la guerra para juzgar quién tiene la culpa. Poco á poco, sin querer, vamos poniendo en los debates ardimiento, pasión y alguna vez llega á sorprendernos y á sonrojarnos á nosotros mismos el ánimo belicoso que empleamos en la defensa de nuestras convicciones. Este verano, en San Sebastián, dos de los hombres más buenos y más afectivos que conozco, Azorín y Salaverria, discutieron delante de mí, cada cual desde su punto de vista. Con pasión, sí; ¿por qué negarlo? Francia de un lado; Alemania de otro; dos espíritus, dos maneras distintas de entender la vida... Cuál triunfará, cuál debe triunfar nos interesa y vale la pena de apasionarse y de ayudar desde aquí con argumentos y razones á las ametralladoras, al Rimailho y al mortero de 42. Con pasión. Pero llegó un momento en que ambos tuvieron conciencia de haber ido demasiado lejos y procuraron apagar bruscamente el incendio que sin darse ellos cuenta brotaba de sus propias emociones. He dicho que tuvieron conciencia. ¿Cuántos de los que vimos discutir á diario, iracundos ó germanófilos, son capaces de tener conciencia y de echarse á tiempo el jarro de agua fría? Los que conozcan á Salaverria y á Azorín, tan contenidos, tan silenciosos, comprenderán el valor de este recuerdo. Ningún otro tema, antes ni después de la guerra, hubiera tenido la virtud de exaltar sus palabras. Era la mejor prueba de que el pensamiento y el sentimiento de España iban á ser removidos hasta lo más hondo.

Mientras dura ese tumulto de ideas turbias y de opiniones encontradas, sería lo más cómodo aceptar la fórmula de la Argentina: «¡No me hable usted de la guerra!» Pero es forzoso hablar. No depende de nosotros, es ella la que se nos impone.

Hay quien no quiere oír hablar de la guerra porque le fatiga, le cansa ver que pasan meses y meses sin que ocurra nada definitivo. Estos prefieren los folletines manejables; los desenlaces rápidos; estaban encantados con el Kaiser, porque tenía su plan de avances incontrastables y ataques á lo Sauter. Al comprender que la historia no marcha al paso de las películas cinematográficas, se llaman á engaño. Como espectadores, se impacientan y en vista de que no pueden patear, adoptan el gesto fatigado del que ya desespera y se desentiende del final. Nervios ruines que son demasiado sutiles y se rompen antes de vibrar.

En tres meses, más sucesos históricos y de mayores consecuencias que todos los presenciados hasta ahora por las dos últimas generaciones; nueve pueblos en guerra; Alemania, el mayor ejemplo de exaltación nacional, dispuesta á la conquista del imperio de Europa; Francia, invadida, luchando no ya por la victoria sino por la existencia; Bélgica, sacrificada é inmortalizada; el poder de Inglaterra, sometido á la prueba

:: NOTAS POÉTICAS ::



ROSAS DE OTOÑO

*Esta melancolía de las rosas de Otoño
yo no sé que misterios dicen al corazón,
que nos causan tristeza con sus tonos suaves
y sus pétalos tiernos y su místico olor.*

*Son las rosas de Otoño como pálidas niñas
que muestran sus caritas con triste seriedad,
acaso porque saben que la lluvia es el llanto
de unas cuantas estrellas que no saben amar.*

*La escarcha las adorna con puntas de diamante
que brillan temblorosas bajo la luz del sol
y las hace princesas que se visten de gala
para el áureo torneo de una fiesta de amor.*

*Hay rosas en Otoño, delicadas, sutiles
como una figulina que se nos va á quebrar;
y hay otras que son blancas y recuerdan las tocas
de una hermana piadosa que en el convento está.*

*La lluvia las golpea con sus dedos crueles
y, al verlas inclinadas, sabemos del dolor
que nos deja el recuerdo de una pálida novia
que en una blanca tarde de Octubre se murió.*

*¡Oh, los versos floridos que nacen en Otoño
mezcla de toda risa y de todo llorar!...
Sois las rosas de nieve de las almas poetas,
las más bellas por tristes, del fragante rosal.*

MANUEL F. LASSO DE LA VEGA

más peligrosa de que guardan memoria los siglos; los eslavos, de la mano de Rusia, presentándose á los ojos del mundo como una fuerza nueva, joven, arrolladora; un imperio deshecho: el de Austria; otro agonizante: el de Turquía, y un reino histórico que va á resucitar: el de Polonia. Todo ello, en las guerras más sangrientas que han visto los humanos; donde millones de hombres tienen á su servicio las máquinas de destrucción más maravillosas en el mar, en la tierra y en los aires; á través de países tan distintos como las colinas de la Champaña, los canales de Flandes y las montañas de los Vosgos; los lagos masurianos y las estepas polacas; las llanuras de Galitzia y las ásperas costas de los Cárpatos; el humoso mar del Norte y el mar del Japón; las islas indias, la costa chilena y la tierra sagrada de la Mesopotamia... Y eso, en los momentos en que triunfa el dogma de la energía, la acción intensa, el máximo esfuerzo, junto con el concepto del deber y de la solidaridad nacional; cuando los hombres comprenden que la vida no vale nada y la rinden en una trinchera príncipes y mendigos, sabios y poetas, millonarios y negociantes; olvidando sus profesiones de fe política y pensando solo en que su patria los necesita.

¿Es poco todo ésto? ¿Qué hace falta para conmovernos, almas dormidas, ó muertas, ó nonatas?

ooo

Por último, hay también quien se muestra aturrido por las informaciones de los periódicos. La gente no tenía á quien echar la culpa de la confusión, contradicción, tendencia y parcialidad de las noticias. Venían, como hoy, por distintos y contrarios caminos, versiones de lejanas fuentes que en la plaza pública y en los palacios aceptaban unos y rechazaban otros. Se forjaba la leyenda; se disfrazaba la historia y dormían mucho más tiempo, á veces para siempre, entre el polvo de los pergaminos ó bajo las tumbas, esas divinas larvas de desarrollo lento, que mañana serán la verdad y la justicia.

Cuando no había periódicos, los pueblos sabían unos de otros por referencias más interesadas todavía, sin contraste posible. Hoy el lector humilde, sin relaciones, desde el último rincón de España puede seguir día por día la marcha de la guerra. Todos los gobiernos envían sus partes oficiales; todas las naciones los complementan con ardor apasionado, es cierto; con parcialidad que debe descontarse, como se descuenta en un relato verbal el acento encomiástico del amigo ó el tono incisivo del adversario. ¿Podrá sorprendernos la guerra de noticias? Cuando no había periódicos, esa guerra existía ya. No es de ahora la propaganda de informes fantásticos y de falsos testimonios. En los partes oficiales, los gobiernos saben que se dirigen á su nación: el de Francia, difícilmente puede ocultar los hechos y aunque restrinja las noticias ó las disminuya si son adversas, tiene que comunicarse lealmente con el espíritu de su pueblo: el de Inglaterra dice y deja decir la verdad aunque amargue y buen ejemplo de ello es el relato del desembarco de la infantería de Marina y la protección á Amberes; el gobierno de Rusia cuenta con la ciega fidelidad de su pueblo, por encima de triunfos y fracasos; el de Alemania necesita respetar y mimar la fe absoluta en la victoria, y el de Austria no se resigna á confesar tantas adversidades. Pero bastante dicen entre todos, para que día por día sigamos el curso de esta guerra. Si al interpretar sus noticias habla nuestra pasión y surge como en tantos otros campos de lucha nuestra eterna guerra civil, eso será culpa de nuestro temperamento ó de nuestro destino y lo mismo que hoy, ocurría antes de la letra de molde, cuando no había periódicos.

Cuando no había periódicos ocurrían poco más ó menos, las mismas cosas que ahora. Con una diferencia: tardaban más en ser conocidas; las versiones contradictorias triunfaban cada cual en su zona y esos triunfos locales significaban otra lucha fanática que había de traducirse después en los grandes errores de la historia. Porque las hojas diarias volanderas serán despreciadas por los que no aceptan ni los hechos ni las ideas sino cuando las encuentran en un volumen, pero la historia habrá de recogerlas como una base tan firme por lo menos como los documentos oficiales.

Luis BELLO

GUERRA FOLLETINESCA

Todos nos imaginábamos, hace pocos meses, lo que sería una guerra moderna, una *guerra científica*.

Nada de choques cuerpo á cuerpo. Los encuentros personales, las cargas heroicas, se recordarán como algo glorioso é inútil; lo mismo que el montante de dos filos, la rodela ó el arcabuz. El cañón iba á ser el principal y único protagonista del combate moderno, y la infantería llamada antes *la reina de las batallas*, una modesta segundona, protectora de los artilleros. En algunos países hasta se habló de suprimir la bayoneta como arma inservible. El infante sólo debía contar con su fusil. Su única misión era hacer fuego contra un enemigo lejano, al que jamás vería frente á frente. La caballería, arma de majestad teatral, con un pasado de cargas épicas, cantadas por los poetas, quedaba reducida á las exploraciones del terreno y á la persecución de los fugitivos en desorden.

Llega la guerra y todo ocurre al revés de como lo habían imaginado técnicos y profanos. Jamás lució como ahora el valor individual en hazañas aisladas. Nunca los hombres se golpearon de tan cerca y por tanto tiempo. El guerrero se bate lo mismo que en las edades prehistóricas, viendo los ojos del enemigo, recibiendo en pleno rostro su resuello jadeante. La bayoneta sustituye al proyectil. El hombre quiere ver qué es lo que mata. Los más, sienten despertarse en su alma el salvajismo demoledor de los remotos abuelos, y no teniendo á mano la maza de la edad de piedra, emplean el fusil para batirse á culatazos.

El cañón, efectivamente, domina las batallas. Es el personaje que habla más y con mayor fuerza. Nunca hubo tantos y de tan enorme poder destructivo. Su voz resuena, de sol á sol, en una majestuosa soledad.

Las batallas que en otros tiempos cubrían los campos de aglomeraciones de hombres, dorados, multicolores, galopantes, con cimeras vistosas, convierten hoy en desiertos, amplios espacios de centenares de kilómetros.

Los habitantes han huido de ciudades y aldeas. Ni un hombre, ni un animal en las ondulaciones del terreno. Los caminos extienden sus cintas blancas, sin el moteado de la hormiga humana. Los bosques están inmóviles. El cañón truena y nadie puede ver claramente dónde se oculta. Un golpe seco y una leve humareda que se disuelve inmediatamente: es el cañón francés. Una explosión más ruidosa que repite el eco, una nube de humo más negra y espesa: es el cañón alemán. Esto es todo lo que se ve y se oye de la batalla. Se abre el suelo en forma de embudo, esparciendo un surtidor circular de polvo á varios metros de altura. Otros proyectiles estallan en el aire formando una nube amarillenta, sobre el cielo azul.

Luego el silencio: un silencio absoluto... De vez en cuando, como único signo de vida, algunos aeroplanos que espían la soledad, con su zumbador revuelo de mosquitos, casi imperceptibles.

Y en este suelo tan desierto como las llanuras planetarias en los primeros siglos de su formación, con explosiones gigantescas y silencios trágicos, existen 200.000 hombres, 400.000 hombres, ¡quién sabe si más!; y con ellos máquinas de guerra de diversas clases, millares de caballos y de mulas, montañas de víveres, todo oculto, todo hundido en el suelo.

La guerra moderna es una guerra de topes. Los hombres no se cuentan por compañías y regimientos, sino por líneas de trincheras. El polvo y el barro son tan gloriosos como la sangre. El héroe que hasta ahora tenía por símbolo la

espada, debe ostentar, en adelante, como atributos, el pico y la pala del peón caminero. Los ejércitos rivalizan en habilidad para enterrarse. El prototipo de la resistencia no es la fortaleza, es el hormiguero. El hilo de alambre, con puas, ha sustituido á los antiguos bastiones y hasta se empieza á discutir si valdrá más que las cúpulas acorazadas.

Y la batalla científica continúa días, semanas y meses; cañonazo aquí, respuesta allá, en medio del desierto, sin que suenen gritos, sin que los proyectiles que caen en los zanjones repletos de hombres, levanten otro estrépito que el de la tierra sacudida y pulverizada. Los muertos y los agonizantes quedan invisibles, lo mismo que los vivos. Esta batalla científica, dura lo que el sol. Cuando llega la noche, empieza la batalla de los hombres, la pelea á estilo antiguo, que será el estilo eterno mientras nuestra especie conserve el gusto de exterminarse.

La infantería continúa siendo reina, no obstante los progresos mecánicos en el arte de la gue-

rra. La artillería puede quebrantar y aplastar al enemigo en un terreno determinado, pero jamás conseguirá su expulsión á fuerza de proyectiles, pues se mete debajo del suelo. El desalojamiento brutal, el empujón definitivo, es obra de la infantería que avanza con la bayoneta por delante.

El cañón trabaja mientras luce el sol, y luego al cerrar la noche ó al amanecer, salta la gente fuera de las trincheras para ir al encuentro del adversario que ocupa las posiciones inmediatas. Los matorrales han sido impregnados de petróleo por hombres de buena voluntad que se arrastran cautelosamente, disimulándose en los repliegues del terreno, siguiendo la misma táctica de los Joffe y los Molke con plumas y taparrabos, que sostuvieron sus guerras de tribu en las praderas de América y en las islas de Oceanía. Un silbido... y los matorrales se iluminan con resplandores de incendio. Otras veces, arden las granjas abandonadas, los pajares, los montones de leña. A su fulgor de infierno se buscan los hombres dando rugidos de muerte, saltan como negros demonios sobre el fondo rojizo y crujen los pechos bajo la punta de la bayoneta, estallan los costillares al recibir el golpe de maza del culatazo, se abrazan al final los enemigos faltos de armas y ruedan por el suelo mordiendo lo que encuentran al alcance de sus dientes, pugnando por estrangularse. Los dos bandos intentan el engaño, poniéndose los uniformes de los muertos y los prisioneros, imitando los toques de las cornetas de enfrente, pidiendo capitulación para matar con más facilidad al adversario que avanza descuidado; un sinnúmero de canalladas gloriosas que debieron inventarse en tiempos del hombre de las cavernas.

¡Y para llegar á esto, como epílogo de toda batalla, se han calentado los sesos los inventores que están al servicio de las fábricas de guerra, lanzando cada año un aparato de matar, con arreglo á la última moda!...

Una batalla moderna se compone de diez ó doce batallas, descompuestas en cien combates parciales, que á su vez se subdividen en mil ó dos mil encuentros de grupos. El oficial subalterno que, según las predicciones anteriores á la guerra, no iba á ser más que un simple transmisor de órdenes, desempeña un papel tan importante en su radio de acción como el del general en jefe. Un subteniente ó un sargento, toman al día en su trinchera más iniciativas y discurren más estratagemas, que el generalísimo.

Muchas armas que se conservaban por tradición, sin creer nadie en su utilidad práctica, se rehabilitan inesperadamente en estos combates. Otras, que habían desaparecido hace siglos, dejando solamente algunas muestras en los museos, vuelven á salir á luz gloriosas y vencedoras.

Los infantes franceses al correr sobre las trincheras enemigas, empezaron por instinto de conservación á llevar en una mano, á guisa de escudo, la pesada mochila que les cubría en parte de las balas. Hoy para el asalto de las posiciones contrarias, emplean unos broqueles de acero que les permiten avanzar con menos pérdidas. Algunos oficiales alemanes prisioneros, llevaban debajo del uniforme finas y resistentes cotas de mallas. La caballería ha tomado muchos pueblos, cargando á pie con sus lanzas. Los hombres andan á gatas por la noche; se arrastran evitando el choque de los matorrales, el rodar de los guijarros, hasta que llegan á los tejidos de alambre de las trincheras enemigas. Cortan hábilmente las intrincadas marañas de acero llenas de puas, procurando que el metal no crujiera al romperse, y cuando el obstáculo queda abierto, dan un grito para que avancen los compañeros á la bayoneta.

Los tiradores argelinos, marroquíes y senegaleses, emplean las mismas estratagemas de los desiertos africanos; reproducen en la prosaica Europa las hazañas exóticas que tanto material han dado á los novelistas de aventuras. Los guerreros de la India, hombres de la noche, habituados á deslizarse en la *jungle*, sin ruido y sin huella, se arrastran como serpientes—lo mismo que *Los estranguladores*, descritos por Eugenio Sué—; avanzan, cuchillo en boca, hasta los pies de los centinelas alemanes que guardan los parques, y los derriban con una puñalada certera, sin un grito de alarma, sin el más leve choque, incendiando luego las cajas de municiones.

Los tres mosqueteros, de Dumas, han resucitado. De día suena el cañón sobre los ejércitos invisibles, con toda la majestad del progreso destructor. De noche se baten los hombres como los héroes peludos de *Los nibelungos*, como los mesnaderos del Cid, como los camaradas del rey Artus y de Bayardo, usando la lanza, el escudo, la cota de mallas, y si es preciso, el mordisco y la coz, á imitación de otros guerreros todavía más remotos.

Todo vuelve, tal vez modificado y agrandado... pero vuelve. El símbolo filosófico de nuestra vida es la rueda que, por más que dé vueltas, retorna siempre al mismo punto. Esta es la gran verdad, por encima de otras verdades anteriores y secundarias. La verdad que presintieron los poetas de la India y que en nuestros tiempos volvió á descubrir Nietzsche, otro poeta.



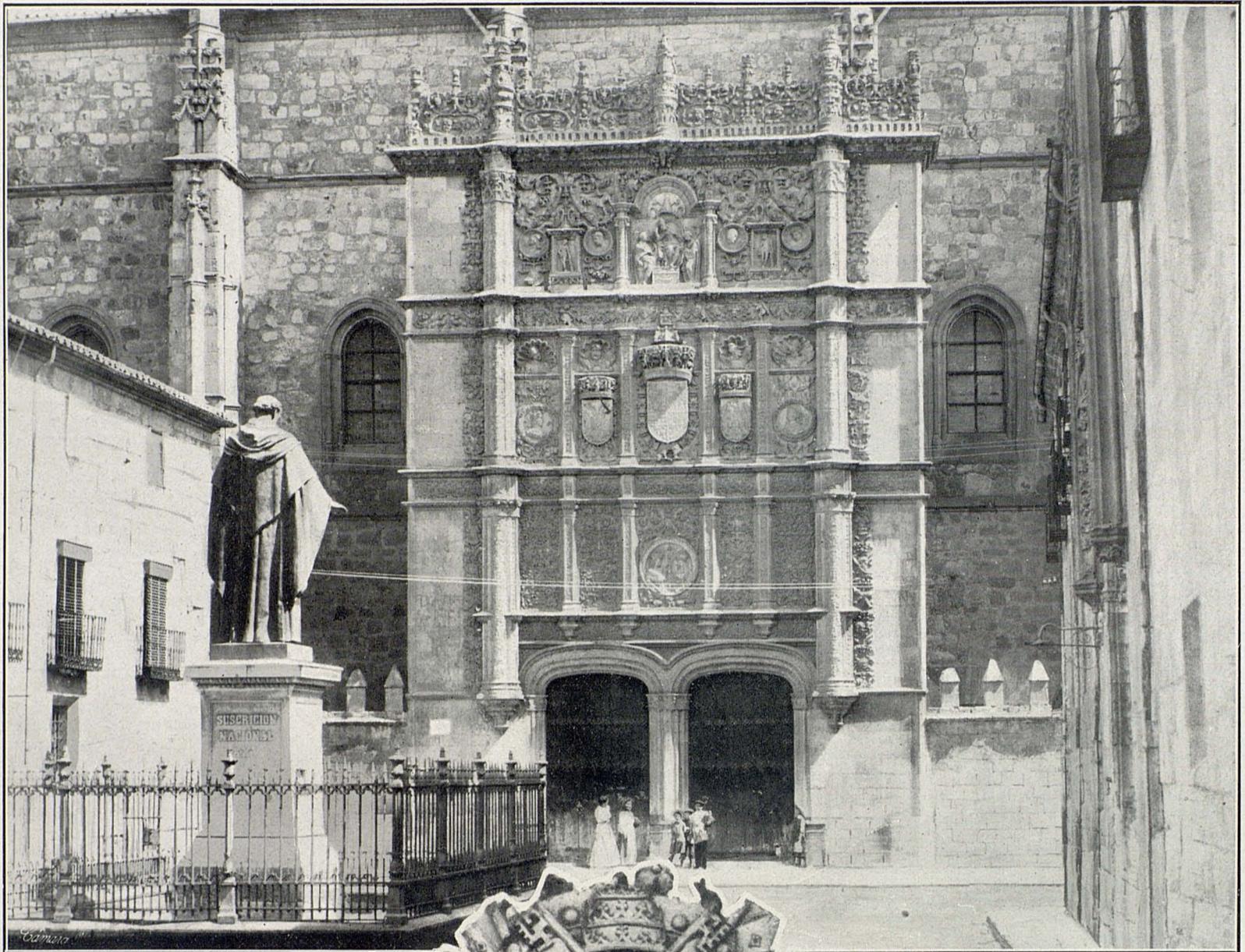
Interior de una trinchera construida por los ingleses en el Marne

La guerra moderna es una guerra de topes. Los hombres no se cuentan por compañías y regimientos, sino por líneas de trincheras. El polvo y el barro son tan gloriosos como la sangre. El héroe que hasta ahora tenía por símbolo la

La guerra moderna es una guerra de topes. Los hombres no se cuentan por compañías y regimientos, sino por líneas de trincheras. El polvo y el barro son tan gloriosos como la sangre. El héroe que hasta ahora tenía por símbolo la

DEL TIEMPO VIEJO

VIDA DE LOS ESTUDIANTES EN SALAMANCA



Estatua de Fray Luis de León, en la plazoleta de su nombre

Magnífica fachada plateresca de la Universidad salmantina

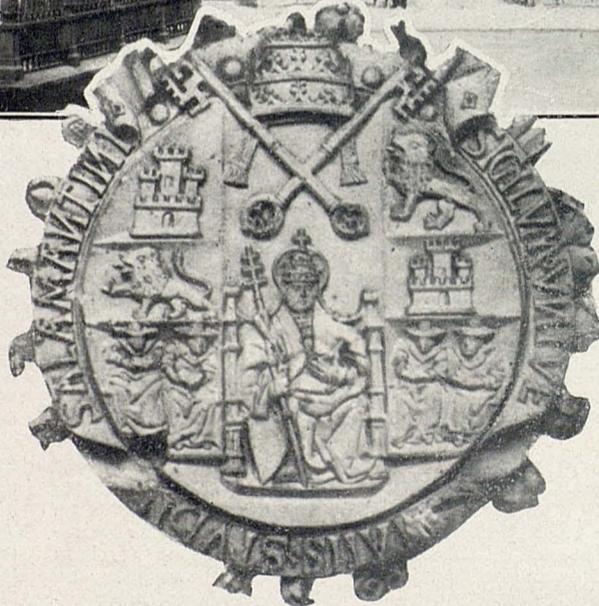
HÁLLASE la vida escolar en plena actividad. Con tal motivo, quiere esta Revista dedicar una página a la pintoresca y bizarra vida estudiantil de antaño en la siempre famosa Escuela salmantina, madre alimentadora del saber español.

De las reseca planas del Archivo universitario, ha exhumado un morador de la ciudad de los Estudios, algo vivo y original que yacía soterrado por el polvo de los siglos. Que los estudiantes de hoy al entrar en las aulas de las universidades, reciban una amable añoranza de tiempos arriscados, vigorosos y pintorescos... Y que la sonrisa de sus espíritus modernos, nimbe la graciosa simplicidad de sus compañeros del tiempo viejo...

ooo

Sé que tengo que moverme en estrechos límites y he de recoger solamente los rasgos más profundos y característicos que den evocación de vida universitaria. Deseo, sobre todo, consignar hechos ciertos, positivos, aun prescindiendo de la vida estudiantil pintada en nuestro teatro clásico ó en la novela picaresca. Creo que lo que en estas páginas se gana en belleza, se pierde no pocas veces en naturalidad.

Mucho se ha divagado acerca de trajes, usos y costumbres escolares en los tiempos pasados de esta Escuela. Ahí están esas dos tablas pertenecientes al primitivo Archivo universitario, que no consistía más que en dos armarios lujosos y muy sólidos; en la cara interior de sus



Sello de la Universidad, esculpido en el artesonado del claustro bajo

puertas se encuentran reproducidas al óleo dos cátedras: una de Cánones ó Leyes y otra de Teología. Estas tablas fueron pintadas por Martín Cervera, vecino de Salamanca, y fué tasada la obra en *cuatro mil reales*, que suponen hoy un valor de cinco mil pesetas. Se pintaron en los primeros años del siglo xvii, desde luego antes de 1614, y son curiosísimas, pudiendo asegurarse que son desconocidas no sólo de la generalidad de la gente de la ciudad, sino aun de casi la totalidad de los universitarios, catedráticos y estudiantes, por el mal sitio en que se hallan colo-

casas. El catedrático de la primera, aparece revestido con insignias doctorales verdes y encarnadas, leyendo ante 55 estudiantes que toman apuntes; están todos cubiertos con sombreros ó bonetes y los frailes echada la cogulla. El de la segunda, que es un fraile dominico, lee ante 41. Los tinteros eran de cuerno y los colgaban de la cintura como se aprecia en uno de los estudiantes que aparece en primer término en esta cátedra de Teología.

Lo que en estas tablas se ve, hemos de suponer que tiene más verdad que esas fantásticas indumentarias que se han inventado para explicar los trajes escolares. De esto y de lo que mandan y prohíben los *Estatutos* de esta Universidad, se adivina que eran dos los trajes usados por los estudiantes. Uno propiamente escolar, con el que se iba á las clases y otro de galán, á la usanza y moda de la época. Consistía el primero en una sotana corta, sin mangas, llamada *loba*, gregüescos ó calzones y el manto de paño veintidoseño de Segovia, según lo dice Vicente Espinel en *El Escudero Marcos de Obregón*. Sin más variedad que la distinta policromía de los colegiados ó los pertenecientes á órdenes religiosas, en aquella época muy numerosas, que asistían á la Universidad con el traje de su Instituto.

Prohibíaseles severamente llevar armas tanto «ofensivas como defensivas», y únicamente se les permitía tener una espada en su aposento. La infracción de este *Estatuto*, se castigaba con diez días de cárcel mas la pérdida de dichas armas.

Son frecuentes las penas de cárcel impuestas á los escolares y pensamos indagar algo acerca de este régimen penitenciario escolar, sin que sepamos de una manera cierta dónde se encontraba la Cárcel del Estudio.

ooo

Sorprendamos algunos momentos de vida íntima escolar. A la industria de pupileros, se dedicaban sujetos que tenían ciertos grados y que por esto se llamaban *bachilleres de pupilos*. Cervantes, Quevedo, Torres Villarroel y modernamente Azorín, han pintado sobria pero vivísimamente, algunas escenas de la vida en estas casas de estudiantes.

Los tales bachilleres, para ejercer su profesión, debían ser examinados por el Maestrescuela y doctores, de *moribus et vita et sufficientia*; y el que sin requisitos admitía estudiantes, era desterrado á 10 leguas de la ciudad con más la pena de 20 florines.

La Universidad inspeccionaba dichas casas por medio de sus *visitadores* y prohibía que mujer alguna sirviese en ellas, si no era con licencia del Maestrescuela, ó de un Juez, dada *in scriptis*, so pena de que diera 1.000 maravedises. Recoletos debían ser los estudiantes, según los mismos estatutos que ordenaban á los pupileros cerrasen sus puertas á las seis de la tarde desde el día de San Lucas (18 de Octubre) hasta el 1.º de Marzo, y desde ese día, hasta el de San Lucas, á las nueve, no pudiendo abrirse la puerta de la casa pasada esa hora, si no era caso de enfermedad ó si llegaban los padres ó interesados de los pupilos.

Pero veamos como ésto era letra muerta para aquellos escolares, y hasta para los mismos maestros y rectores de casas de estudiantes. Quiero aducir datos de una época de apogeo universitario y nacional del siglo XVI y fijarme en uno de los colegios más íntimamente unidos á la Universidad y á su inspección: el famoso colegio de Trilingüe. Leer los libros de *visitas* de este Colegio, es divertidísimo y no poco instructivo.

Al frente de dicho Colegio, había un vice-Rector eclesiástico que debía velar por la disciplina y buenas costumbres de los escolares. Y no es una vez ni dos el encontrarse con denuncias de este jaez: en la *visita* hecha al colegio de Trilingüe en el año 1567, declara lo siguiente un familiar, después de prestar el acostumbrado juramento de decir verdad: «E preguntado el declarante dónde pasó la noche el dicho vice-Rector, dixo que se murmura que en casa de una mujer casada que vive en la calle de Valflorido, para la obra nueva de la Universidad, é preguntado cómo se llama esa mujer dixo que no lo saue, sino que es mujer de un hebreo preso en Valladolid é que vió al dicho vice-Rector entrar en casa de dicha mujer é dexó allí el manto é cogió un ferreruelo para ir al campo é á la mañana siguiente que fué el día de Antruejo volvió al Colegio entre siete y siete y media de la mañana con el manto...»

Debemos advertir que á la siguiente *visita* ya no aparecía como vice-Rector Miguel Venegas. Pero no mucho después, está al frente del Colegio el licenciado Sagramena, del que se dice pasaba muchas noches fuera de casa y se *murmuraba* en el Colegio que tenía *tratos en mala par-*



Tabla del primitivo archivo universitario, representando una cátedra de Leyes

te con la panadera del Colegio y de la que recibía frecuentes recados por una *ninna pequenna*.

Era grave falta jugar á los naipes dentro del Colegio y hay denuncias de que este vice-Rector jugaba por las noches con los familiares y que una noche riñó con ellos por que le ganaron un ducado. ¡Calcule el lector cómo estarían los escolares, con tales jefes, de probidad y disciplina!...

Pasemos por alto las denuncias menudas, como son las frecuentes quejas del cocinero y despensero, de que no tenían cosa segura; pues según una *visita* del año 1555, declara un estudiante que sabe hay cinco llaves de la despensa de la cocina, que tienen varios colegiales y otra una vecina que entra por lumbre; que no se

mudaban los manteles en más de 15 días y mandaba el Estatuto se renovasen dos veces por semana; las frecuentes *palabras de rencilla y enojo* entre los escolares; las *puñadas y muxicones* que se propinaban dentro y fuera del Colegio; el asirse de *moginetes* y darse *mogines*, que debía consistir en pasar por la cara del adversario un dedo humedecido con saliva, etc., etc...

Era muy grave falta no ir á Misa los días festivos, y sin embargo en la *visita* del año 1565 hay un colegial que declara lo siguiente: «A la nona pregunta dixo que abrá quinze días poco más ó menos que este que depone oyó misa en la capilla é que después acá no sabe si la oyó ó no». Pero de lo que hay más denuncias es por violar la clausura durante la noche para ir á lugares *non sanctos*, por cierto que casi siempre se trata de viudas ó de casadas. En la *visita* del 13 de Marzo de 1571, declara el estudiante Munguía: «que lo que saue es que Osorio, colegial hebreo, llevó una vez á este declarante á visitar á una mujer casada que viue junto á la puerta del Río, preguntado cómo se llama el marido dixo que no lo sabe mas que ha oido dezir que era criado de un señor de la Iglesia y que se sospecha del dicho colegial y de otro su compañero que se dize scholar van á visitar á esta é á otras y así mesmo otra vez el dicho Osorio llevó á este testigo alla junto á los milagros donde estaba una vieja tullida que tenía una hija moza é tomaron unos nappes por pasar tiempo é otrosi dixo que se murmura en la casa quel dicho Scholar pidió la cámara alta de arhiva por tener lugar de hablar á las ventanas fronteras con las vecinas é con otra que solía vivir frontero que es muger de un sastre é que le ha visto hablar familiarmente con la moza de la panadera pasada...»

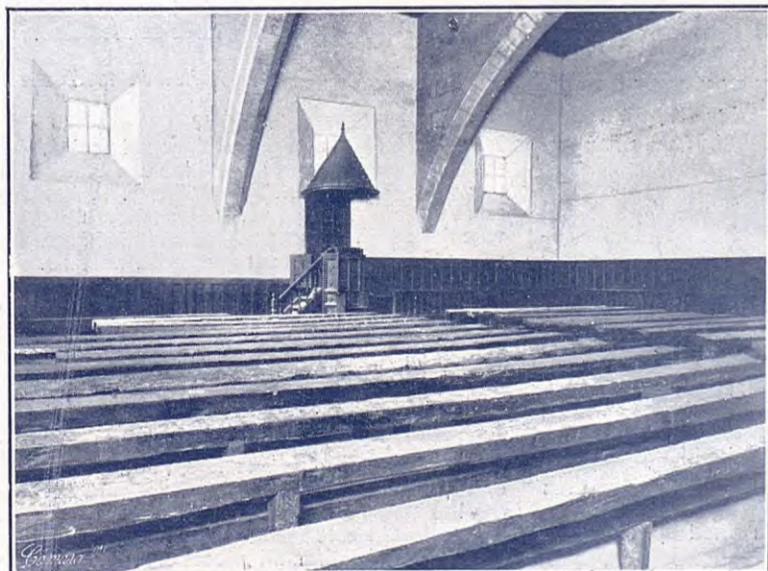
Prescindo de otras pintorescas declaraciones y de la inspección de un estudiante que salió persiguiendo á un colegial con un cuchillo, dedicándole frases injuriosas. Siglo y medio más tarde otro colegial de Trilingüe, Torres Villarroel, nos describe su vida en el Colegio y los muebles de su aposento «que más parecía garito de ladrón, que cuarto de estudiante», dando detalles pintorescos que solo admiten pareja con el divertido *Inventario estudiantil* de Juan del Enzina.

Recojamos algún dato de la labor cultural en dicho Colegio. Se fundó el de Trilingüe, como dicen los Estatutos, para criar sujetos en Latín, Rethórica, Griego y Hebreo... Los colegiales debían hablar siempre latín. Pero esto no se cumplía, creo que afortunadamente, y lo digo excusándome con el parecer de Sánchez de las Brozas, á la sazón Regente de dicho Colegio.

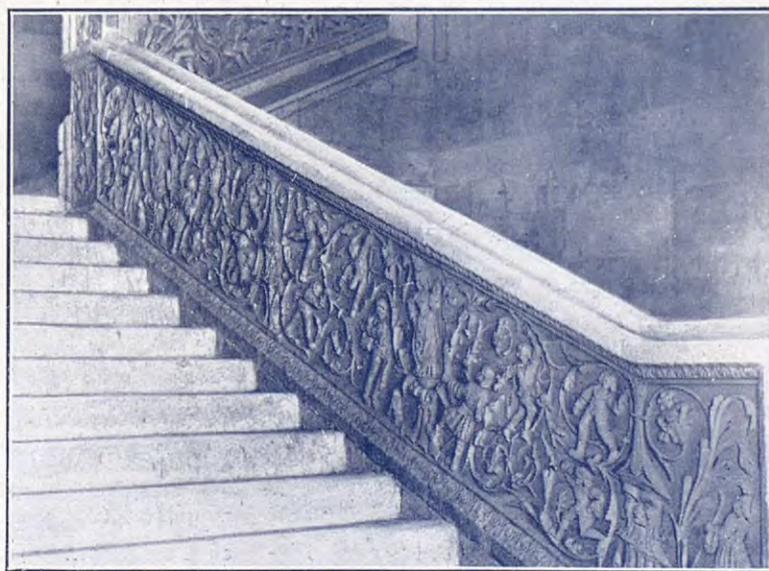
¡Amables escolares de hoy...! A los que siempre creen que el tiempo viejo por ser pasado fué mejor y os quieran emular con vuestros antecesores de los siglos famosos, contestadles con una sonrisa y alegraros de alcanzar estos tiempos, sin tener pizca de envidia á los pasados.

Pero remozad vuestro espíritu con la alegría de aquellos escolares que escribieron con leiras de sangre sus entusiasmos en el encantador *Patio de Escuelas* y dejad alguna vez en vuestra vida los graves quehaceres para venerar en esta vieja casa, la cátedra de Fray Luis de León, donde una dulce y serena emoción aquietará vuestras angustiadas almas modernas...

ANTONIO GARCIA BOIZA



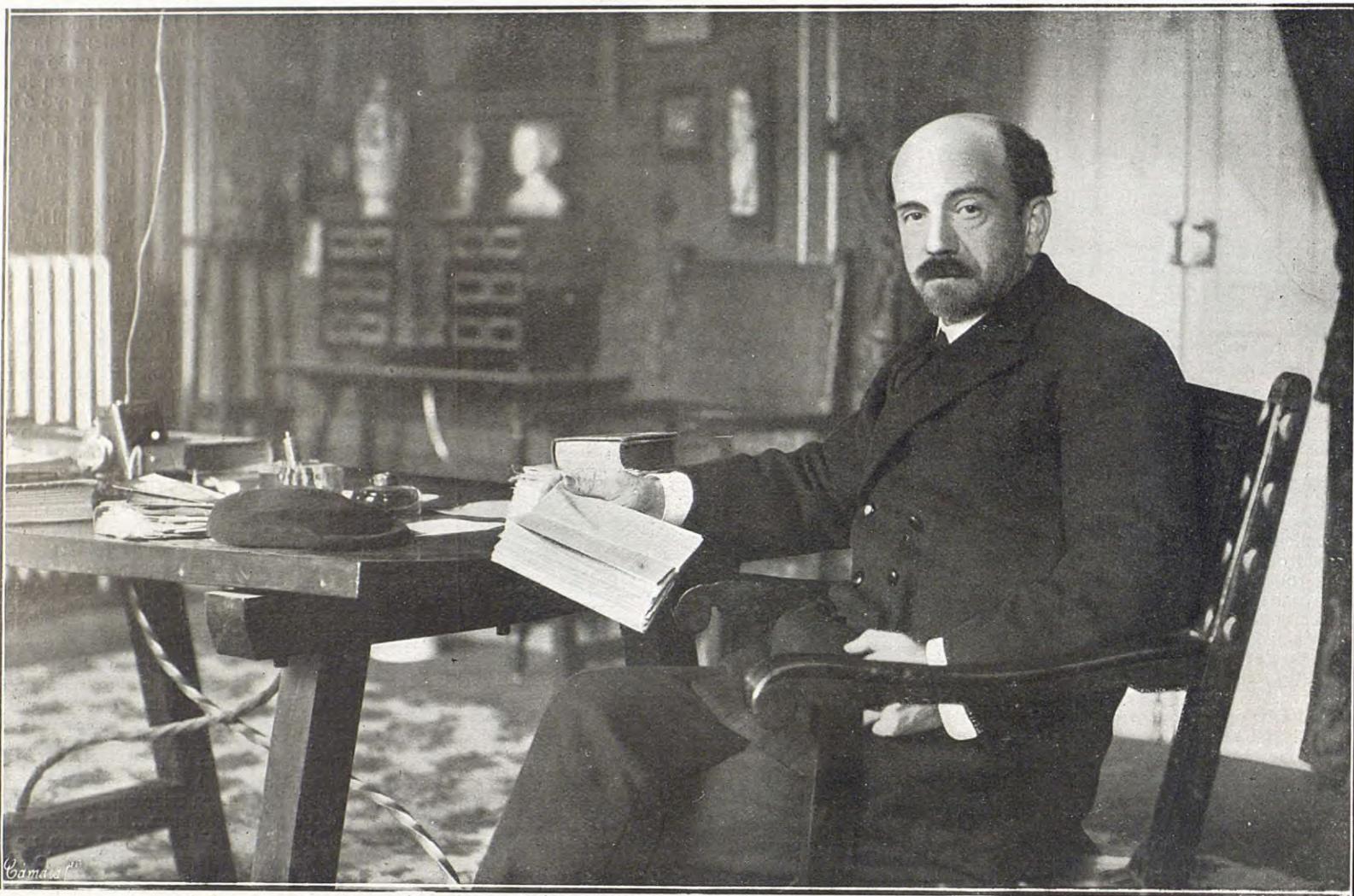
Cátedra de Fray Luis de León



Escalera del claustro alto

NUESTRAS VISITAS

PIO BAROJA



El ilustre novelista Pío Baroja, en su gabinete de trabajo

IBA y venía á lo largo de la amplia estancia con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. De vez en vez, hacía un alto en sus indecisos paseos para contestar una pregunta mía. Otras veces, respondía andando.

El cronista, inmovible, dentro del correaje de cuero de un antiguo sillón, contemplaba atentamente al vigoroso maestro de la novela española.

Yo no sé si Baroja, físicamente, se parecerá á Taine, á Nietzsche ó á la Fontaine; pero en sus ojos encuentro yo la misma tristeza extática que hay en los de Nietzsche; su barbita rala es color de miel, como la de Taine, y su nariz es roma y carnosa como la de la Fontaine.

Es un hombre poco esclavo del acicalamiento personal. Si alguna vez lo encontráis por la Carrera de San Jerónimo, que es adonde va con frecuencia, os llamará la atención su porte modesto y abandonado, su aire taciturno y los caracolillos que su pelo largo y descuidado le hacen en el cuello. Siempre camina cabizbajo y pensativo.

Hoy cubre su cabeza, que hace algunos años está completamente calva por la cumbre, con una boina azul. Viste de negro.

La habitación es la del hogar de un hidalgo castellano. No falta ni el reloj grande de pesas. En vez de galgos, que sería lo clásico, hay dos gatos mansurroneos, color ceniza. Mientras que nosotros hablábamos, uno de estos gatos, acurrucado sobre la mesa oblonga de nogal, hacía *carretón* y nos miraba sonnoliente.

La madre de Baroja, una señora alta y enjuta, de bondadoso semblante, con sus gafas puestas, ordena sus labores en el otro extremo de la estancia.

—Es una confesión, maestro—dije yo al insignificante novelista—, como si hablara usted consigo mismo; cuénteme su vida.

—Pero, ¿cómo? ¿Desde que nací?—exclamó sorprendido, deteniéndose y buceando mi expresión.

—Sí, señor—le contesté yo, sin darle importancia.

—Va á ser muy largo—advertíome él.

—No importa. Venga. ¿Usted es navarro?—inquirí.

—No, señor. Nací en San Sebastián el día de los Inocentes del año 72. Esto es lo que no me perdono, haber nacido en tal día. Porque no crea usted, á mí me parece que siempre hay cierta analogía entre el momento en que uno nace y el espíritu que se va á formar. En San Sebastián, de chico, presencié el bombardeo de los carlistas, del que me queda un vago recuerdo de haber vivido en el sótano de un hotel, donde cayeron tres granadas.

Y, ¿luego?...

—Luego—continuó.—Mi padre era ingeniero. Cuando yo tenía diez ó doce años vinimos á Madrid y recuerdo que nos fuimos á vivir delante de la «Era del Mico», sitio que hoy se llama la Glorieta de Bilbao. De Madrid fuimos á Pamplona, donde me dediqué por completo á la vida granuja y bullanguera de los muchachos callejeros y traviesos. Á mí eso de apagar faroles, llamar á las puertas, jugar al toro, tirar piedras y demás diabluras, me gustaba atrocemente y me deleñaba mucho más que estudiar. Por entonces empezó á despertarse en mí la afición á leer. Me gustaban con delirio las novelas de Julio Verne y Mayne-Reid y muchas veces, reunido con mi hermano Ricardo y con otros dos amigos, emprendíamos aventuras tartarinescas, inspiradas en estas novelas.

—Y al mismo tiempo ¿era usted aprovechado en el estudio?...

—¡Quiá!; desapplicadísimo. Pero en Pamplona, con aquello de que mi padre era amigo de los

profesores, iba saliendo adelante; pero cuando volví á Madrid, hubo asignatura en la cual me dieron cuatro suspensos. En esto trasladaron á mi padre á Valencia. Allí estuve un año sin estudiar, casi convencido de que Dios no me llamaba por ese camino. Soñaba yo con entrar en una tienda apacible y leer novelas, detrás del mostrador, en los ratos que me dejase la clientela. Pero mi padre no estaba del todo conforme con mis sueños y, haciendo un último esfuerzo, empleando la persuasión, logró convencerme de que debía acabar la carrera de Medicina. Entonces yo, llevado por sus exhortaciones, pensé seriamente en ello; metodiqué mi estudio y en pocos años me doctoré en Madrid de Medicina.

—Y ¿ejerció usted?...

—Sí, señor. Estuve dos años de médico municipal de Cestona.

—¿Qué sueldo tenía usted?

—Me sacaba unos diez ó doce mil reales. Allí comencé á emborrionar cuartillas con cuentecitos que publicó *La Voz de Guipúzcoa*. A los dos años dejé Cestona por el clima tan malo y me vine á Madrid, á ponerme al frente de la panadería de Capellanes, que era de un tío nuestro.

—¿Y siguió usted escribiendo?

—Sí; seguí escribiendo y publicando cositas en *El Globo*, en *Germinal*, en *El País* y, al mismo tiempo, dí mi primer libro *Vidas Sombrías*; después *La casa de Aizgorri*; recuerdo que de este libro en la primera edición no llegué á vender ni cincuenta ejemplares y, sin embargo, ahora hace poco se ha hecho una segunda de 10.000 y creo que se está agotando. Más tarde, en 1902, publiqué *Camino de Ferrección*; entonces los amigos organizaron un banquete en mi honor. Desde este momento creo que fué cuando empezó á advertirse mi presencia en las filas literarias. Y después... ¡nada! La vida que se desliza y yo, que por justificar mi paso por la Tie-

rra, sigo escribiendo novelas y más novelas. Ahora estoy encariñado con *Memorias de un hombre de acción*, que serán unos diez ó doce volúmenes... de cuatrocientas páginas.

—¿Cuántas novelas lleva usted publicadas?...

—Unos veinte tomos.

—¿Cuál es el que mayor éxito ha tenido?

Meditó un instante; después, repuso con sencilla modestia:

—Como éxito resonante no he tenido ninguno.

—Hombre, no sea usted tan modesto; diga que todas han hermanado en el gran éxito.

—No digo eso—protestó—porque mentiría. Hasta ahora se van vendiendo todas lentamente.

—¿Vive usted de las letras?...

Pío Baroja sonrió burlón.

—¡Vivir de las letras yo! ¡Pues si me dá mucho menos la literatura que la medicina, cuando era médico rural!...

Le miré asombrado. ¿Era posible que el novelista más intenso, de más médula que tiene España, no le dieran las novelas lo suficiente para vivir?... Y Pío Baroja, que seguía detenido frente á mí saboreando mi sorpresa, continuó:

—Sí, señor. ¡Así! Menos que cuando era médico rural. La literatura me lleva producido unas quince mil pesetas.

—¿Quince mil pesetas nada más?

—Nada más—aseguró—. El año que más me rentan mis libros, es posible que no llegue á cobrar arriba de tres mil pesetas.

Calló. Hubo una pausa larga y triste. El maestro acababa de dar una amarguísima lección al ilusionado discípulo que en aquel momento hubiera roto su pluma para siempre. Una labor de veinte libros, infinidad de trabajos periódicos y, de resultado..., ¡quince mil pesetas!... Toda una vida de intensa tensión intelectual, produce lo que á *Joselito* una corrida de seis toros. ¡No está mal! Rompí el silencio amargo.

—¡En fin, hablemos de otras cosas! ¿Qué me dice usted de la literatura contemporánea?...

—Que no creo que haya decadencia con relación á la generación anterior. A mi juicio se escribe más y mejor que en los tiempos de Pereda, Alarcón, Trueba, Valera y Pardo Bazán; por supuesto que á mí estos literatos de la generación pasada me gustan muy poco. Valera y Alarcón nada absolutamente. Yo creo que tiene más consistencia una estrofa de Bécquer, que toda la la-

bor literaria de estos señores. Don Benito, ya es otra cosa.

—Y de los contemporáneos ¿cual le gusta á usted más?...

—Hay un puñado muy interesante. A mí casi el que más me agrada es *Azorín*, pero están ahí Bueno, Ortega Gasset, Valle Inclán y otros varios que valen mucho y que tienen una gran base cultural, de la cual estaban en ayunas los escritores del siglo xix.

—Y ¿en poesía?...

—No me interesan los poetas contemporáneos.

Tras un silencio, y un nuevo paseo, prosiguió.

—Con raras excepciones, entre las cuales incluyo á Ruben Darío, yo encuentro la poesía actual un poco caótica. No dice nada ¿verdad?... Se limita á la descripción y á una perfecta técnica; pero no hay espíritu; no hay emoción; no hay ideas. Y dígame usted ¿cómo es posible que perdure una poesía sin alma?...

—Y de teatro, ¿qué opina usted?

—Suelo ir muy poco al teatro; casi nunca. Leo todo lo que se hace y advierto que hay gran cantidad de teatro extranjero en España; alguno confesado y muchísimo sin confesar, que es lo más triste. Y al hablar de teatros, tenemos que hablar de Benavente... ¿No es ésto?...

Afirmé con una inclinación de cabeza.

—¡Yo, la verdad! No comparto la pública admiración que gran parte de nuestra juventud siente por este hombre—. Y como advirtiera mi sonrisa de identificación prosiguió—. Es posible que á usted le pase lo mismo: pero claro, hay que tener la sinceridad de confesarlo.

—Exactamente igual—afirmé.

—A mí me parece Benavente un hombre de una gran inteligencia y un gran habilidoso teatral; es decir, que la maniobra escénica y embaucadora del teatro de estos tiempos la domina completamente. Aparte de esto, yo opino que la labor del autor de *Los intereses creados* sería distinta si no hubiesen existido antes Shakespeare, Musset y Oscar Wilde...

Al oír el nombre del gran dramaturgo y exquisito psicólogo Oscar Wilde, en labios de Pío Baroja, acudió á mi mente, no sé por qué, su historia lamentable... Aquella triste historia que terminó con la vida del autor de *Salomé*, en el abandono y la reclusión... A Inglaterra le interesaba más ocultar aquel caso patológico, el cual

podía dar lugar al menosprecio del nombre inglés ó al mal ejemplo de las futuras generaciones, que divulgar por el mundo que tenía un dramaturgo más...

Pero Baroja prosiguió hablando.

—A través del teatro de Benavente no se ve al hombre que sigue una labor persistente y continuada. No se advierte ninguna luz que ilumine sobre determinada idea. No hay nada sólido y seguido. Cada obra se apoya en una tesis completamente distinta y muchas veces contraria. Yo, á Benavente, lo creo muy capaz de escribir hoy una comedia anarquista—pongo por ejemplo—y mañana otra de orden, en la cual se condene el anarquismo. Es así. No tiene un credo.

—Y, dígame, Baroja, ¿por qué entró usted en la política y por qué la dejó?

—Hombre, usted sabe que yo soy radical, y que tengo muchas ideas comunes con los anarquistas, aunque no creo en las utopías absurdas de la posibilidad de vivir sin Estado y sin Policía... Al volver aquí Lerroux de América, me invitó un día á comer en el café Inglés. Hablamos y me propuso entrar en su partido. «La democracia es muy agradecida—dijome varias veces Lerroux—y se entusiasma con el hombre de letras que quiere servirla.» Casi yo creía ésto. Un día, mejor dicho, una noche, me convencí de que las palabras de Lerroux eran una dulce fantasía: Asistí con un amigo médico á un mitin de candidatos concejales á la calle de los Abades. El joven Nogués, elogió á todos los candidatos y, sobre todo, á mí. Yo estaba en el público y un obrero me dijo al oído: «Ya me está reventando á mí oír hablar tanto de ese Pío Baroja; ese señor, será todo lo intelectual que quieran, pero aquí no ha aparecido más que á la hora de coger un cargo»; y otro obrero agregó: «Dicen que los intelectuales son trabajadores como nosotros; pues si lo son, que vayan á romper piedra á la carretera.» Figúrese usted mi decepción.

—Y ¿por eso dejó usted de ser político?

—No. Abandoné la política cuando el fusilamiento del fogonero del *Numancia*. Entonces me convencí de que el partido republicano no iba á ningún lado.

Se había hecho de noche. Pío Baroja y yo nos lanzamos á la calle agarrados del brazo.

EL CABALLERO AUDAZ



Pío Baroja, acompañado de su madre

FOTS. CAMPÚA

JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



LA MAJA DE GOYA

HE aquí el más bello, el más brujesco é inquietante de todos los *Caprichos* que imaginara don Francisco de Goya, aunque no le llamara capricho. Acaso no sea tampoco un retrato. Es más que todo eso. La madrileña menuda, que no es perfecta, que no es bonita, que incluso no es sensual en el sentido que el odio irrazonado al desnudo en España le atribuye, es el compendio ó resumen de toda la obra tan admirable del más grande de todos los pintores del mundo.

¿Cuál es la historia de *La Maja*? La pregunta advina en la respuesta un agri dulce sabor picaresco, de galante aventura contada al oído. Doña Josefa Bayeu, esposa del pintor, hubo de perdonarle muchas veces sus infidelidades amorosas con auténticas majas y con alcorniadas damas que tenían cuerpo, corazón y cabecita loca de maja.

Acaso una de estas mujeres que apasionaron mo-

mentáneamente al pintor, es la que fué retratada desnuda antes que vestida y luego, para conservar el encanto agradable del misterio, *vistió* al cuadro con otro cuadro pintado con menos calma y complacencia.

Se han puesto nombres á esa mujercita menuda y enloquecedoramente simpática; alguno de ellos, figura repetido en la lista de obras del artista. Una de estas obras, representa á Goya con la gentil duquesita de Alba.

Quizás también pueda afirmarse que no era una duquesa la que Goya inmortalizara en su Maja,— que tan deliciosamente refleja el tipo de la madrileña en aquél y en todos los siglos—sino una marquesa demasiado entusiasta del maestro, y á quien para evitarla la molestia de un viaje conyugal á Aranjuez, pintó Goya en el desnudo pie el encendido tono de una dislocación. Alarmado el marido

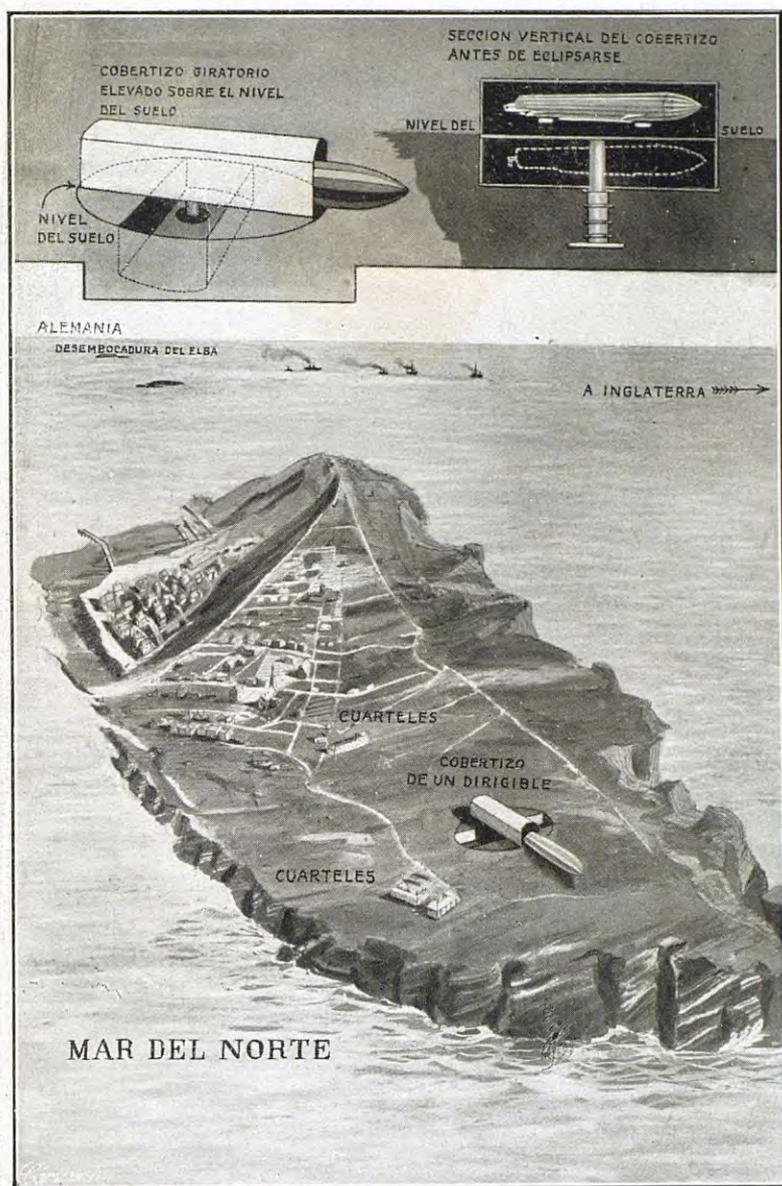
llamó á un médico y el médico declaró se trataba de un caso muy grave, recetando cataplasmas y reposo absoluto, con lo cual el marqués marchó solo á Aranjuez, dejando en libertad á su esposa.

Tal vez, no obstante, sea otra la verdad, y la Maja represente como dicen, á cierta amiga íntima de Godoy; y que fué pintada, vestida, al aire libre en el Pardo; y desnuda, en una de las salas del palacio del Príncipe de la Paz. Unidos ambos cuadros por un ingenioso mecanismo, se alzaba el lienzo de la maja vestida y aparecía el otro de la admirabilísima maja desnuda.

A raíz de la secuestro de los bienes del Príncipe de la Paz, las dos *Majas* pasaron á la Real Academia de San Fernando, donde se conservaron hasta el año 1902 que, en virtud de un plausible Real Decreto, fueron trasladadas definitivamente al Museo del Prado.



LA ISLA MISTERIOSA :: EL ZEPPELIN FANTASMA



Estación aeronáutica de Heligoland, la más importante de Alemania

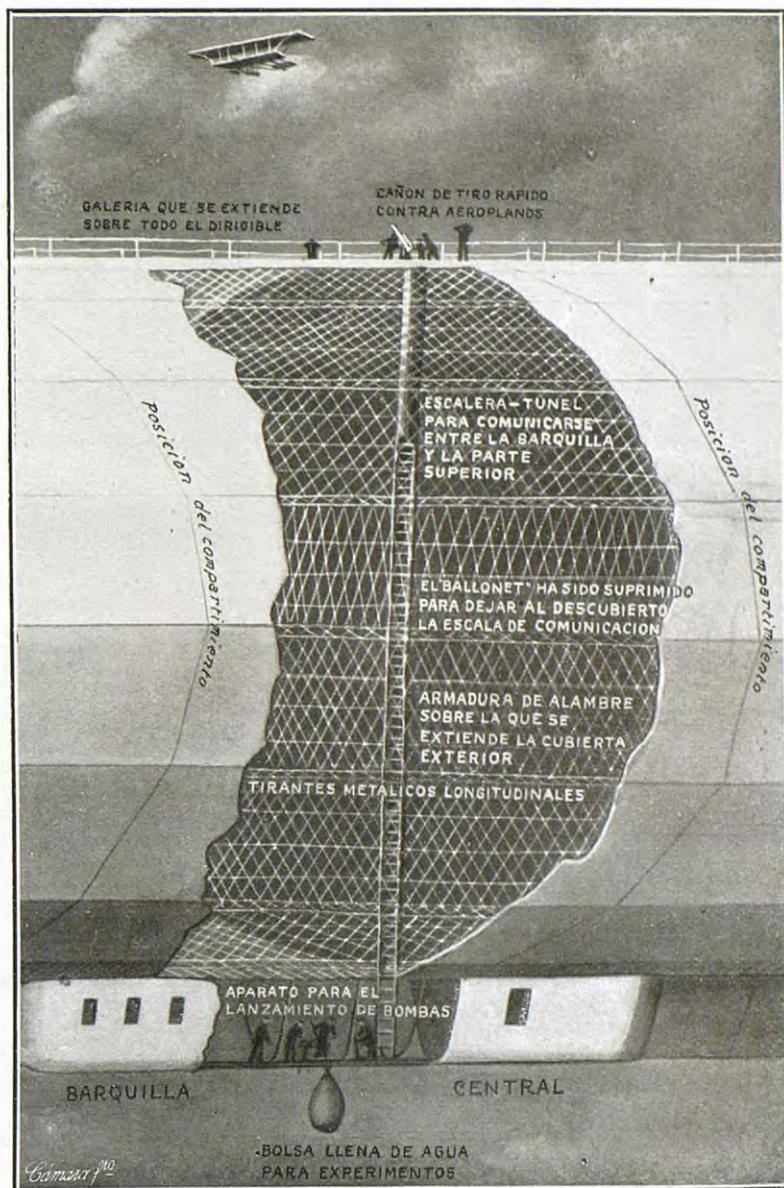


Gráfico de un dirigible alemán moderno de los llamados zeppelines

HELIGOLAND es la isla misteriosa donde el mágico conjuro de las ciencias bélicas ha conseguido una inexpugnable fortaleza, una excelente base naval, un formidable puerto militar y un vigilante centinela en el mar del Norte, avanzada del inatacable canal de Kiel y vanguardia germana contra el poder de la temible Albión. Inglaterra sufre hoy el error de su política, cediendo á Germania la isla que dominó desde 1814 á 1890, á cambio de pequeñas ventajas en el Este africano; por esta vez la astuta diplomacia del Canciller de Hierro, venció á la sagaz travesura británica: Lord Salisbury fué derrotado por Bismarck.

Heligoland fué danesa hasta 1807 y nadie, ni aun los mismos ingleses, pudo sospechar el fructífero provecho que del avanzado islote, atalaya del Elba, iba á sacar el genio marcial de los tudescos.

Grandes baterías de costa bordean el perímetro de la isla. Frente á la costa germana se abre un puerto sólidamente defendido. En la parte oriental y dentro de vallado recinto, un hangar giratorio y de eclipse, sirve para resguardar dos de los temidos zeppelines.

La estructura del cobertizo puede dar vueltas sobre una placa giratoria, análoga á la de las vías férreas, que permite á las aberturas del eje del hangar, situarse, á uno ú otro lado de dicho eje central, hasta en 40 grados de derivación lateral.

Las dimensiones del cobertizo son: 270 metros de longitud, 60 de anchura y 40 de alto.

El objeto esencial del giro, es situar el hangar y por tanto al dirigible, cuando este está encerrado, en la dirección más conveniente, en armonía con la dirección del viento reinante; ó también, facilitar extraordinariamente las maniobras de salida y elevación ó de descenso y abrigo, auxiliándose de la marcha misma del viento, fuerte siempre en aquella zona isleña.

El hangar es también, á más de giratorio, de

eclipse, pudiéndose ocultar subterráneamente, mediante sencillos mecanismos de fácil manejo.

Con esta ocultación se salvan los peligros de un ataque por aeroplanos ó dirigibles enemigos.

El secreto cobertizo está protegido, á distancia, por seis vallas de espinos artificiales conectadas con un sistema de timbres de alarma, para evitar una sorpresa nocturna en el recinto vedado.

En una torre octogonal hay instalados potentes proyectores de colosal alcance y una moderna estación radiotelegráfica, sistema *Telefunken*.

Una estación meteorológica, con duplicado juego de completos aparatos, es poderoso auxiliar de los zeppelines que tienen la isla por base de operaciones.

Los últimos modelos del famoso dirigible germano tienen una escalera interior, que apoyándose sobre los *ballonets* de aluminio, conduce desde las dos barquillas conectadas á la parte superior de la aeronave, donde van las ametralladoras y el cañón para batir á los aeroplanos, que son el más fuerte enemigo de los dirigibles.

En vano el ingenio científico, aplicado á marciales fines, ha inventado las minas aéreas, que son pequeños globos flotantes que tienen forma de paracaídas y que situados á alturas diversas protegen una zona, pues el destructor explosivo que encierra estalla por el choque con el cuerpo rígido del Zeppelin; para combatir los dirigibles, el enemigo más audaz es el aeroplano; en la torre Eiffel se hicieron, no ha mucho, curiosas experiencias que comprobaron la utilidad de flechas especiales que los aviones pueden lanzar sobre las aeronaves.

Un destacamento de ingenieros del parque de Chalons-Meudon amarró, bajo la primera plataforma de la torre, varios grandes globos cautivos destinados en el espacio á representar los dirigibles. Desde la segunda plataforma, es decir, de una altura de 115 metros por encima de la parte superior de esos globos, se dejaron caer

las flechas, lográndose un verdadero éxito, puesto que todos los globos hicieron explosión sucesivamente.

El arma es buena, pero de ella puede sustraerse el dirigible por una brusca ascensión. Arrojando todo el lastre que lleva, su velocidad ascensional sobre la vertical, será evidentemente más grande que la del aeroplano, que no puede elevarse sino oblicuamente.

A los dirigibles corresponde la exploración estratégica y á los aeroplanos la táctica.

El año pasado, la previsora Germania construyó aeroplanos de velocidad extraordinaria y dotados del armamento de tiro rápido, preciso para destruir las máquinas aéreas de combate del enemigo. No otra cosa son esos audaces *taubes* (palomas), que luego de sembrar desolación y pánico en las grandes ciudades francesas, han huído veloces de la prevención de los aviadores galos. Los dirigibles de último modelo, que cuidadosamente se ocultan en la isla de Heligoland, van provistos de aparatos radiotelegráficos, que á más de servir para la comunicación de los detalles explorados, es base segura de orientación.

En Heligoland hay talleres para reparaciones y fábrica para la producción de gas dioxigenado. En Wilhelmshaven, lo mismo que en Kiel, hay siempre 50 motores Diesel, de petróleo, de características secretas, dispuestos para ser instalados en dirigibles ó en submarinos.

Un dirigible lleva 6 cañones de tiro rápido y 7 toneladas de explosivos, carga que puede elevarse al doble.

Los aeronáutas de la isla de Heligoland, son como todos los aeronáutas germanos del cuerpo llamado *Luftschiffer abteilung*, y se agrupan en un batallón de 350 hombres, solteros todos, tan prestos á la lucha, como voluntarios al sacrificio; diestros en su arriesgada profesión: ¡valor y ciencia!

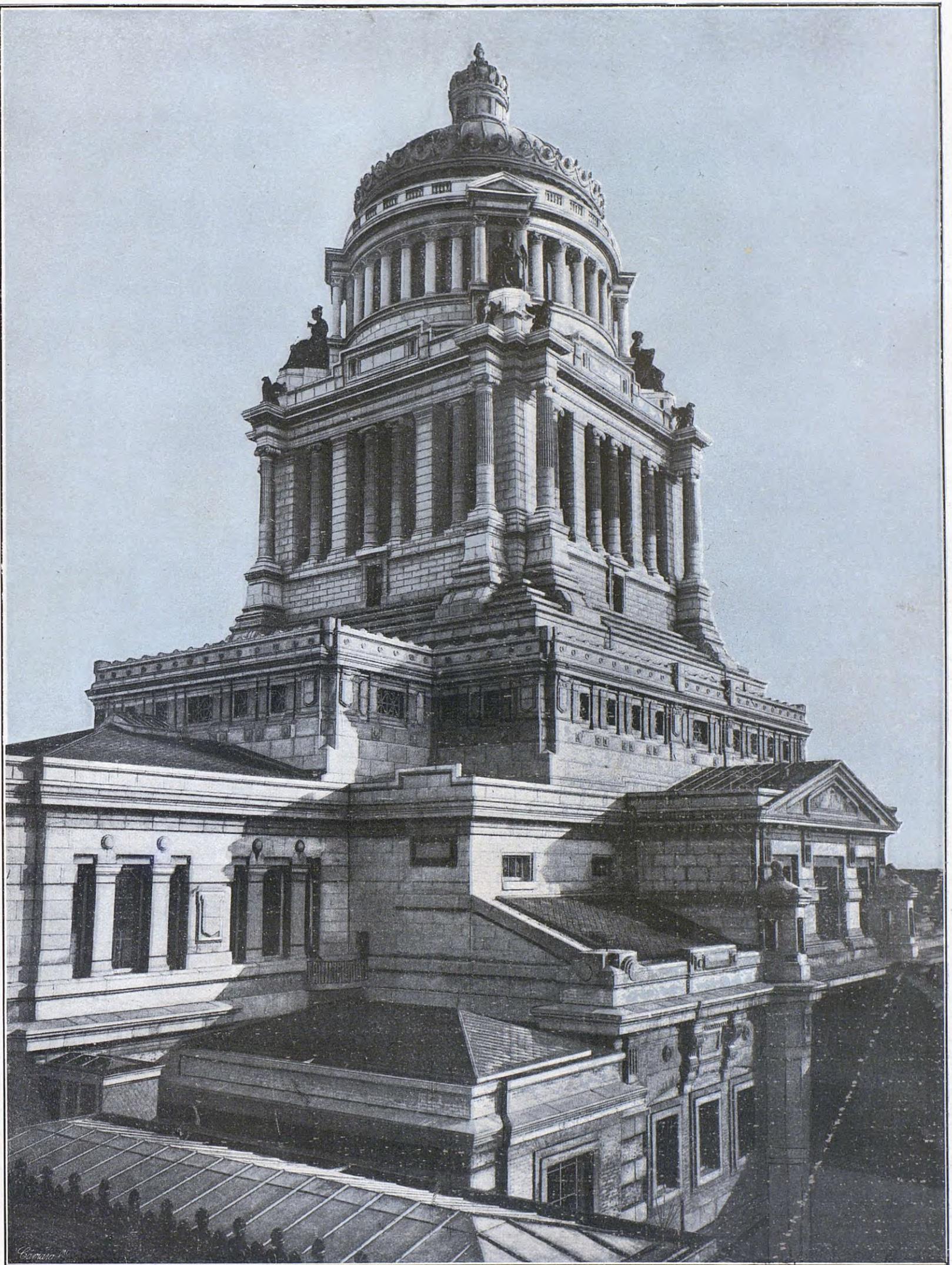
CAPITAN FONTIBRE

LA CARIDAD EN LA GUERRA



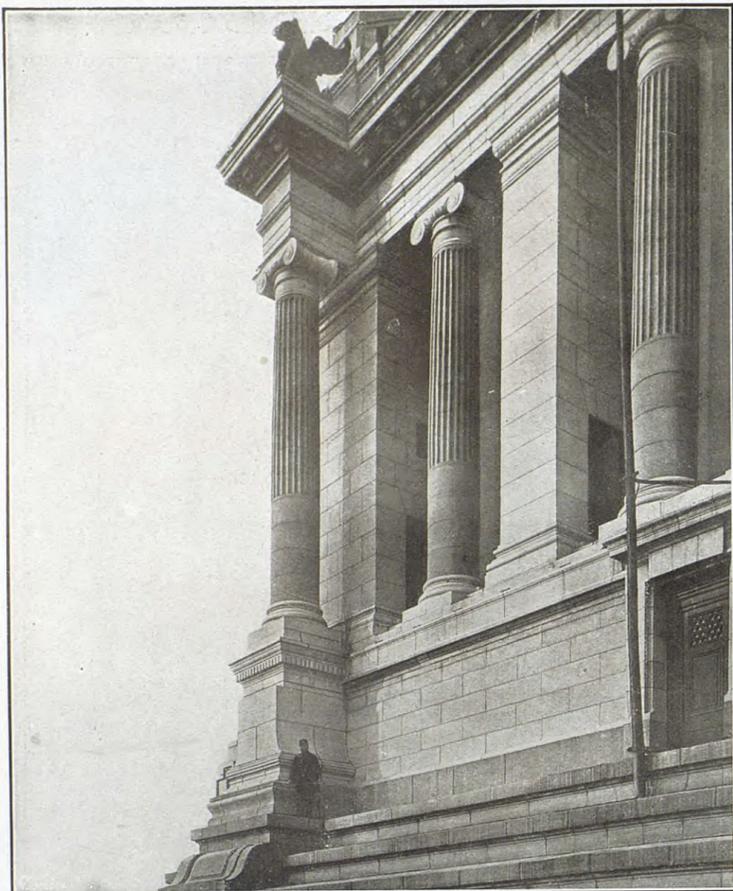
UN BARCO HOSPITAL DE LA CRUZ ROJA INGLESA, CONDUCIENDO HERIDOS Á SOUTHAMPTON
Estas naves van protegidas por la señal luminosa de la benéfica institución contra los ataques de los buques de guerra beligerantes

LA ARQUITECTURA BELGA



MAGNÍFICO CORONAMIENTO DEL PALACIO DE JUSTICIA, DE BRUSELAS

EL PALACIO DE JUSTICIA, DE BRUSELAS



Detalle de la cúpula



Vista general del Palacio de Justicia, de Bruselas, uno de los edificios más grandiosos del mundo



Detalle de la escalera principal

Quien con ansia de conocer las bellas capitales europeas y llegando á la moderna ciudad de Bruselas, recorra por primera vez las empinadas calles que á las alturas conducen, quedará extasiado ante la contemplación de un colosal edificio que de todas partes se divisa y bajo cuya sombra parece cobijarse la población de tan laboriosa ciudad.

Sus enormes proporciones, sus armónicas líneas, su monumental conjunto, denotan bien á las claras la importancia del edificio. Insiguida la natural curiosidad, no cesa hasta llegar al conocimiento de la hermosa construcción, que no es otra que el grandioso Palacio de Justicia.

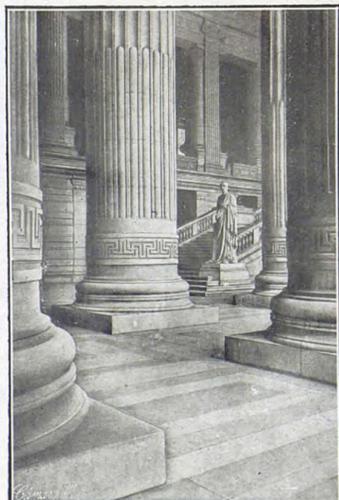
¡Justicia! ¡Palabra vana en el lenguaje de los hombres! La que ellos conocen es la aplicación científica, rigurosa, de ciertas máximas y leyes que multitud de veces se contradicen con los sentimientos humanos. ¡Y cuántas veces no falsean la dialéctica hábil del letrado astuto el sentido del derecho y entorpece ó encauza por falsos caminos su exacta aplicación! ¡Ah, inteligencia, cuán lejos estás de lograr la perfección en el estado material y moral del individuo!

Mundo civilizado, allí donde elevaste el más sublime monumento á lo que es prenda del bienestar social, allí has consentido el escarnio de la máxima evangélica, máxima utópica: «Nada de uno y todo de todos».

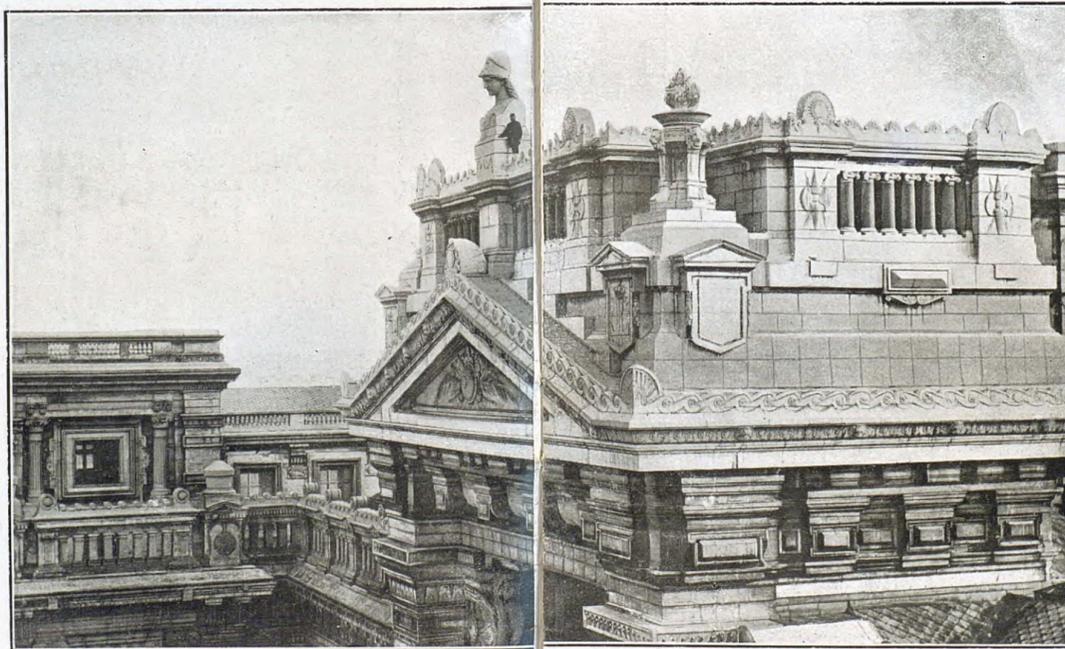
Sí, en Bruselas se eleva este grandioso edificio, este monumento á la justicia. Refieren los belgas con pesar, que el artista creador de tan vasta estructura, perdió la razón poco antes de colocar la última piedra.

Trabajo de atlantes supone tan monumental construcción. Contemplándola, explícate que el supremo artista belga José Poelaert, perdiere la razón al concebir esta obra única en la arquitectura moderna, tanto por sus colosales dimensiones como por la originalidad de estilo, en donde, sin ser excesivas, se notan influencias asirias, egipcias y griegas. ¡Cuánto vacilaría Poelaert antes de aceptar uno de los muchos croquis que sus manos diseñaron y que su fértil ingenio imaginó para que el elegido respondiera y que en él se destacaran las altas cualidades que deben caracterizar á la justicia! Su voluble criterio, optó por aquel cuya ejecución se llevó á término. Y en verdad, que difícilmente pudiera hallarse otro estilo en el que se realzasen más los emblemas esenciales de la justicia: austeridad y magnificencia.

La fantasía del arquitecto, llevó á su obra todo el espíritu de una de las más viejas leyes del mundo: la ley salomónica y el santuario que á esa ley diera el rey sabio.



Detalle del vestíbulo



La estatua de Minerva en la parte superior central del edificio

Elevó á su semejanza las grandes y frías columnatas, los gigantes pórticos, las monumentales y suaves escalinatas y coronó su magna creación en la vasta sala de Pasos Perdidos, que sirve de ambulatorio y es un enorme recinto en cuyo interior encontraría fácil acomodo un suntuoso templo.

Todo el edificio es de proporciones colosales. La riqueza es indescriptible. Basta con decir que el coste total, alcanzó la cifra de 44.000.000 de francos.

Da la fachada principal á la Plaza Poelaert, que lleva ese nombre en recuerdo del constructor. Se invirtieron en su edificación diecisiete años. Ocupa una superficie de 25.000 metros cuadrados ó sea vez y media la extensión de San Pedro de Roma. Su pintoresco emplazamiento en la cumbre de la colina del edificio, permitiendo admirarlo en todo su esplendor. Las enormes masas de piedra, recuerdan las construcciones de Egipto y Babilonia y en sus detalles en cornisas, frontones, pilastras y columnas, denota marcada influencia de los estilos clásicos.

La diferencia de nivel del terreno sobre el que se halla, ha necesitado grandes trabajos de cimentación. La fachada principal consta de dos pabellones, en los extremos unidos al pórtico por una doble columnata. El vasto pórtico de entrada va precedido de una amplia escalinata que se extiende en todo el frente. Sobre el cuerpo central del edificio álzase una construcción cuadrada, rodeada de columnas, que finaliza en esbelta rotonda ornada de las estatuas de la Justicia, de la Ley, de la Fuerza y de la Clemencia. La cúpula, que es relativamente pequeña, yérguese á 104 metros sobre el nivel de la plaza y va rematada por una bella corona de oro.

El interior del Palacio es grandioso. En él se da una cuenta de la magnitud del edificio. Dispone de 27 salas de audiencia para el Tribunal del Reino, las salas de justicia civil y criminal de la provincia y 245 habitaciones para los magistrados, jueces y demás personal. El vestíbulo, decorado con las estatuas de Demóstenes, Licurgo, Cicerón y Ulpiano, conduce á la sala de Pasos Perdidos, que con sus galerías y escaleras, cubre una extensa superficie de 5.600 metros cuadrados y en armonía con esta dimensión alcanza la sala una altura de 98 metros.

La decoración es en todo el edificio rica y sobria, adecuada al fin para que aquél fué construido y en su conjunto forma una de las creaciones más originales que el siglo XIX ha legado á la posteridad.

JUAN CASAS



Columnata de la fachada



CUENTOS ESPAÑOLES

LA CULPABLE

Las siete de la mañana todos los invitados estaban á bordo, y el patrón, luego de desatracar la barca con un remo, mandó cargar las velas. Poco á poco las lonas se hincharon y el torbellino de espuma que nacía en la proa, partiéndose á lo largo de ambas bandas en dos grecas crujientes, fué á formar detrás de la embarcación un camino. Los muelles, los malleones, las montañas doradas por el sol, las boyas pintadas de rojo, iban quedándose detrás, y de súbito, al tomar la vuelta del Morro, el mar apareció vasto y tranquilo, turbado solamente de raro en raro por los triángulos diminutos de las velas, que parecían llamas.

—¿Se va á marear la señorita?—preguntó el patrón.

La señorita recogió las dos gasas flotantes de su sombrero y mostró orgullosa su rostro, sin responder. No, no se mareaba; ninguna de las gracias de su semblante habían perdido vida, sus grandes ojos negros estaban ávidos de reflejar todos los horizontes á la vez. Aquella era su primera salida después de casada y había que mostrar entereza. Asistía á la pesca por testarudez, para no separarse de su Emilio, y había opuesto á toda razón, para disuadirla, esa resistencia disfrazada de resignación, que es la mejor arma de las mujeres. Cuando ya los murmullos de la ciudad se extinguieron, y lejos de la costa, un gran silencio envolvió la barca, preguntó afectando serenidad:

—¿Y es verdad que es tan peligrosa la pesca de agujas?

—Vaya, señorita... Cuando se levanta grande, así, y viene derecho para la barca, con su espolón, hay que tenderse en seguida y pensar en Dios, por si acaso. Al hermano de un compadre mío, en Nipe, le cayó una; partió en dos quedó... Pero es pesca que rinde, eso sí.

—Si no pica ninguna tendremos que pescar tiburones—dijo el patrón.

—¡Ay qué miedo!

Todos los hombres sonrieron. Y el marido de Luisa creyó necesario disculparse:

—Yo le dije que no debía venir; que esta era una excursión para hombres solos; pero ella...

Raul Villa, el organizador de la pesca, concluyó:

—Luisa no ha querido separarse de usted; mi mujer, á los tres meses de casada, hacía lo mismo...—Y volviéndose hacia los otros:—Parece que vamos á tener terral: sopla aire caliente.

La barca era grande, y además del patrón y del marinero—un negro de risa feroz—iban cuatro: Raul Villa, un oficial de marina, Emilio Granda y su mujer. El oficial maniobraba los foques, y el patrón la vela mayor; de tiempo en tiempo Raul iba á ver si las cuerdas de los anzuelos se mantenían flojas, y el negro guisaba en el fondo de la barca la sopa de pescado que lo había hecho famoso en el puerto; sólo Luisa y Emilio permanecían inactivos, mirando al mar y la playa distante. El viento se había hecho más rápido; la barca marchaba muy inclinada, rozando casi el mar por estribor. Dos veces había hundido Luisa una mano por el gusto de sentir el agua chocar y romperse contra su carne; é iba á sumergirla otra vez, cuando dijo el patrón:

—No saque usted la mano, señorita, más vale.

—Le quieren meter miedo, Luisa.

—Ya sabe usted que to pué ser, don Raul; más de dos y más de tres casos se han visto.

Alzándose del fondo de la barca el negro, dijo, extendiendo hacia la ciudad uno de sus brazos:

—No crea la niña que el patrón va mal. Allá en mares de España no hay pescaos tan bravos. Hace unos años tropezaron ahí á la entrá, dos barcos, y del que se hundió, que era de guerra, no quedó ni uno vivo... Los tiburones se dieron el gran banquete. El mar estaba colorao de sangre.

La idea del peligro había puesto en todas las

facciones de Luisa el incentivo de la violencia, y los hombres no apartaban de ella los ojos separándolos rápidamente cuando Emilio miraba. Como preguntase al negro si era verdad que los tiburones, para hacer presa tenían que retroceder y volverse, de modo que su mandíbula saliente quedara hacia abajo, el negro, después de hacer chasquear la lengua, respondió:

—Pamplinas, niña, el tiburón come aunque sea de lao.

A un gesto de Raul el negro volvió á su cocina, y al poco rato un vaho oloroso halagó los estómagos. Aunque todos querían rehuir la conversación para no amedrantarla, Luisa insistía en sus preguntas, de tal modo, que en el patrón, en el oficial y en Raul se despertaron los instintos de hombres de mar, y empezaron á emularse con historias y hazañas unidas por el odio común á los tiburones. Raul confesaba que al verlos cerca lo transformaba un furor casi ciego; uno á otro se arrebatában las anécdotas de la boca y Luisa los oía apasionadamente. Sentado en su rollo de cuerdas, Emilio rebuscaba en vano, con despecho, alguna aventura heroica que contar.

El oficial, que se había levantado á tantear los anzuelos, exclamó:

BARTOLZZI

—¡Ya ha picado uno!... ¡Cómo tira!
Arriaron las velas y la barca quedó abandonada al tenue vaivén del mar. Sin apartarse de su hornillo el negro preguntó al patrón:

—¿Es aguja, maestro?
—¡Quiá! Es uno de esos condenaos... Echele cabo, teniente, pa cansarlo un poco.

Por turno, todos fueron á tocar la cuerda que estaba tensa y hacía marchar suavemente la barca. De pronto Raul Villa, gritó:

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! Subid los otros anzuelos por si acaso.

A diez ó doce metros por la proa el tiburón se vislumbraba ya sujeto al extremo del cable, y en torno de él, siluetas veloces que se iban acercando, precisando. La resistencia debía ser enorme porque el oficial y el patrón dedicados á rescatar la cuerda tuvieron que pedir ayuda. Ya el cautivo estaba sujeto á la borda, y el patrón inclinandose con un hacha en la diestra, le desarticuló las mandíbulas con sendos tajos; una de las fauces se desgajó dejando ver siete hileras de dientes. Luisa temblaba, y seguía con el alma en la vista, la escena. Al terminar, el patrón volvióse á mirarla, como dedicándole lo que acababa de hacer; entonces Raul cogió un hierro de verja y sujetándose de una de las cuerdas del palo mayor, para poder avanzar el cuerpo fuera de la borda, hundió la punta lanceolada varias veces en la cabeza del tiburón, que aún aleteaba con furia. De un vigoroso esfuerzo el oficial lo izó hasta la altura de la borda; todavía el cuerpo formidable se debatió un momento, y antes de que quedara inmóvil, uno de los tiburones más grandes, de una sola dentellada, le arrancó un pedazo cerca de la cola; los otros se lanzaron también; acometían desde lejos, ciertamente; llegaban, las enormes cabezas se abrían, y al retirarse, un fragmento semicircular desaparecía del cuerpo del cautivo.

—Son los tigrés del mar — dijo Emilio —. ¡Pobre del que cayera aquí!

Luisa se sujetaba convulsivamente á la cuerda, hasta hacerse daño en las manos. El negro que había cogido el hacha para despedazar al tiburón, prendió con el anzuelo un gran trozo de carne y lo echó en cubierta. De repente, como si aun después de separada del cuerpo persistiese en ella un instinto de exterminio, la masa de carne comenzó á agitarse, á saltar, á golpear furiosamente una y otra banda. Y hubo un momento de pánico. Los gritos de Luisa en vez de turbar más á los hombres, fueron como un clarín; todos se abalanzaron á proa, pero, al llegar, ya sobre la carne palpitante había caído el cuerpo sudoroso del negro, que volviéndose hacia Luisa le mostró antes de echarla al mar, la masa que se contorsionaba todavía bajo sus brazos hinchados por el esfuerzo. ¿Que pasó entonces? ¿Se dió ella cuenta de la sonrisa con que había premiado la hazaña? ¿Por qué la voz de Raul se tornó turbia al ordenar al negro que se ocupara de la cocina únicamente? Raul aseguró un nuevo anzuelo bien cebado fuera de la borda; el patrón cogió el hacha, el oficial cargó rápido su revólver y otra vez Raul con un pie en la mura y sujeto con la izquierda en los cordajes, proyectó el cuerpo fuera de la barca para poder herir perpendicularmente con el hierro. Los tiburones acudieron en grupo; llegaban, se solivaban para alcanzar la presa y un tajo, una bala ó la lanza acerada y airada los recibían. A

cada ataque los hombres volvíanse á mirar á Luisa, y aunque ella decía: «No, no... basta ya», algo en su cara revelaba el orgullo de recibir aquel homenaje primitivo de peligro y de fuerza. Dos veces Emilio quiso tomar parte, pero lo rechazaron; el negro, empuñándose junto á su fogón, se encogía de hombros y dejaba ver su sonrisa ancha y reluciente... Era un frenesí, una cosa á la vez estúpida y trágica. Cada uno contaba en alta voz sus víctimas: «Uno», «Dos», «Van cuatro con éste»... Raul se quedó á la zaga y su brazo que comenzó á blandir el hierro en golpes numerosos, se recogió de súbito concentrando fuerza, para asestar solo golpes certeros; y al herir otra vez, el hierro se le fué de la mano para clavarse casi hasta el fin en la cabeza de un tiburón. inmóvil en su sitio, sintiendo la rabia de la impotencia subirle á la garganta, vió que el tiburón en lugar de morir, volvía á la carga; el pedazo de hierro que le asomaba sobre la cabeza, se le antojaba á Raul una ironía, una burla. ¡Y no tenía otra arma! El oficial quiso rematarlo de un tiro; pero él, descompuesto, le gritó: «Ese es mío, que

no se había ofrecido á remar, y ya muy cerca del muelle Luisa observó con repugnancia que estaba comiendo sopa y que había hurtado una botella del cesto de las provisiones. Desembarcaron. En la Capitanía del Puerto, después de declarar, Luisa tomó un coche hacia su casa mientras los hombres, en la misma ambulancia pedida por teléfono, fueron al hospital, donde debían amputar la pierna á Raul.

Al llegar á su casa Luisa sintió apetito, pero indignada contra sí misma por sentir aquella necesidad física, se acostó enseguida sin comer nada.

Hubiera querido dormir, olvidar; mas las horas pasaban huecas, largas, sin poder lograr sueño ni olvido una idea cruel se insinuaba en su mente y en vano procuraba desecharla... La luz fué menguando en las junturas de las ventanas y llegó la noche. Luisa sentía al mismo tiempo ansiedad y temor de que Emilio volviera. Al fin oyó abrir la puerta y pasos en la alcoba contigua; era él; sin saber por qué, tuvo miedo y cerró los ojos. La angustia la hacía estar con los



nadie lo toque», y cuando lo tuvo cerca, inclinándose más, alzó el pie para golpear el hierro y, clavándose del todo, rematarlo al fin... El tiburón, más rápido, esquivó el golpe, y el pie falto de resistencia entró en el agua.

Un alarido de muerte, rasgó la calma luminosa del día. Sin el socorro del patrón y del oficial, el cuerpo se habría desplomado; cuando ya entre todos, le tendieron sobre una de las bancadas, Raul estaba sin conocimiento; le faltaban el pie derecho y casi media pierna; se veía el hueso triturado; la sangre manaba á borbotones, esponjándose en la madera de cubierta. El negro propuso quemarle el muñón con una brasa, pero los demás no accedieron; los pañuelos con que trataban de estancar la sangre, se empapaban enseguida y fué preciso envolver la pierna en una lona, que fué poco á poco enrojeciendo, hasta ponerse negra. Estaban muy lejos de la costa y el aire había enclumado; el patrón y el oficial cogieron los remos, y muy lentamente la barca se fué acercando á tierra. El regreso duró más de una hora. De tiempo en tiempo, los remeros se volvían furtivamente para ver si el cuerpo exánime, á proa, alentaba aún. El negro

ojos muy abiertos en la sombra. Pasó un gran rato; una campana sonó. De repente, como si Emilio hubiera tenido la certeza de que ella lo acechaba, le dijo en voz baja y colérica con un tono opaco, que Luisa no le había oído nunca:

—Si tú no hubieras ido, todos hubieran sido prudentes. ¡Has sido tú con tus gritos, con tu cara... con aquella manera de sonreír!

Ella hubiera querido protestar, eximirse, pero no era contra su marido, sino contra su propia conciencia, contra quien necesitaba hallar razones. La misma impureza de orgullo que sentía al ver concretada por Emilio la idea que había ya halagado y torturado su mente, le probaba que era culpable. Entonces quiso saber de una vez la magnitud de su culpa, y balbuceó:

—¿Y han tenido que cortarle la pierna?

—Ha muerto.

Una llama de remordimiento la abrasó toda; y en silencio, desconsoladamente, lloró hasta esas lágrimas que dejan huellas en la piel y en el corazón.

A. HERNÁNDEZ CATÁ



La lucha cuerpo á cuerpo entre las tropas senegalesas y la guardia prusiana en el pueblo de Germigny L'Evêque, inmediato al río Marne, á fines de Octubre último

(Dibujo de Paul Thériat)

LUCHA ÉPICA EN UNAS MINAS



SANGRIENTO COMBATE EN LAS MINAS DE CARBÓN DE LENS, DURANTE EL AVANCE ALEMÁN HACIA DUNKERQUE, A FINES DE OCTUBRE ÚLTIMO

DIBUJO DE PAUL THIRIAT



LAS CUMBRES

Las cumbres son firmes.
Las cumbres son bravas.
Que en las viejas cimas de las sierras hoscas
se forjan del rayo las lumbres airadas,
los silbos del viento,
y el grito iracundo de las roncás águilas.
Las cumbres son firmes.
Las cumbres son bravas.

Si la luz
de la pálida
luna en las cumbres homéricas prende
girones de llama,
es el vago perfil de las sierras,
de la noche en la paz solitaria,
apiñada legión de guerreros
de pardos sayales y airones de plata,
que, apoyando la cruz de sus manos
en el rudo sostén de su espada,
vigilan solemnes
la dormida extensión de las laudas.
Las cumbres son firmes.
Las cumbres son bravas.
Si las aves cantoras del viento

despiertan sus alas,
y con ellas sacuden las cimas
indómitas y agrias,
tiene el aire al batir en las cumbres
rumores y estruendos de líricas arpas,
de líricos claves labrados con sonos
de crótalos, sistros, tímboles y flautas,
sublime cadencia
de parches y cañas,
que fuese tejiendo, con graves acordes
y en rítmica escala,
rumores de brisa
y estruendos sonoros de mares que braman.
Las cumbres son firmes.
Las cumbres son bravas.

Si los leves pegasos de oro que rige la aurora,
en las cumbres detienen el giro fugaz de su planta,
y luego, piafantes,
en los cóncavos ecos dilatan
la voz de sus belfos,
agudos clarines que anuncian el alba,
en las cumbres ondea, al conjuro,
soberbio oriflama,

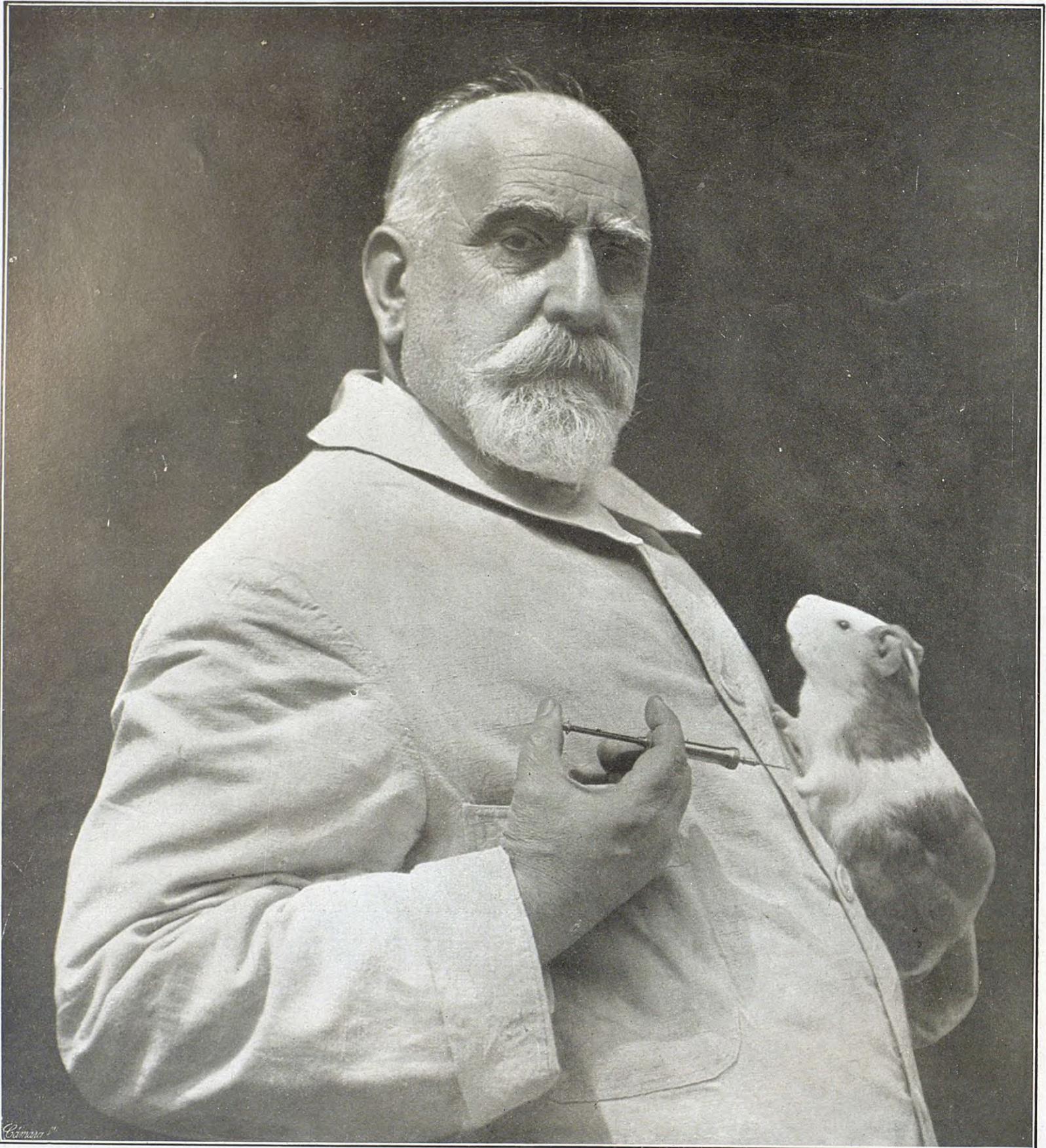
rojo sol que viniendo de Oriente
por los mundos ubérrimo lanza,
siempre puras y siempre en crisoles
de energías y luz renovadas,
las semillas fecundas y eternas
de la alegre y triunfal esperanza.
Las cumbres son firmes.
Las cumbres son bravas.

¡Ay, quién como ellas,
pudiese en el alma
sujetar de la lira los sonos,
los vuelos del águila,
de la aurora los iris que alumbran,
de los rayos las iras que matan,
de la muda quietud de las piedras
la dura constancia,
todas las virtudes, todos los vigores
y todas las ansias,
para ser en los tiempos futuros el roble paterno
del que cojan el bien y la ciencia las inclitas razas!

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

FOTOGRAFÍA DE CAMPÚA

LOS HOMBRES DE CIENCIA



EL DOCTOR FERRÁN

ENTRE los médicos distinguidos que en España poseen más justo renombre y científica reputación, se destacan dos eminencias de mérito consagrado por la opinión universal, que glorifican nuestra nación y hacen que su labor médica y humanitaria sea por los extranjeros aplaudida y respetada.

Me refiero á los doctores D. Santiago Ramón y Cajal y á D. Jaime Ferrán y Clua.

Todos los estudiantes de medicina, de todos los países del mundo, cuando abran sus libros de Bacteriología, se encontrarán, cien veces repetido, en el texto, el nombre de Ferrán, como descubridor, como investigador afortunado y

original. Igual pronunciamiento haremos respecto á los estudiantes, á los médicos que lean las obras de Histología: en las investigaciones microscópicas sobre la contextura íntima del sistema nervioso, el nombre de Cajal se encontrará repetido en cuanto se trate de un adelanto, de una novedad...

El doctor Ferrán nació en Corbera (Tarragona) el año 1852; se hizo médico en Barcelona el año 75 é inmediatamente se dedicó especialmente al ejercicio de la Oftalmología, pero sus grandes aficiones á la práctica de las investigaciones físico-químicas, le indujeron por la amplia senda de la experimentación biológica, publicando sus

primeros trabajos el año 1884 como resultado de las experiencias en los atacados de la epidemia colérica en el Hospital Pharo, de Marsella.

Conocedor el doctor Ferrán, en aquella fecha, de las investigaciones llevadas á cabo por el gran Pasteur, sobre las vacunas contra la carbunclosis y el mal rojo, se encontró con verdaderas aptitudes para el descubrimiento de la vacuna anticolérica. En su modesto laboratorio de Tortosa, realizó el doctor Ferrán su descubrimiento científico, cuya prioridad nadie le podrá discutir ni regatear.

Por el año 1886, el eminente Pasteur hizo público su procedimiento intensivo para la inmuni-



El doctor Ferrán, auxiliado por el doctor Masip, inmunizando á una señorita contra la rabia

zación de la rabia, y, poco después, el doctor Ferrán ideó su método supra-intensivo con el que ahorra tiempo y enojosos detalles de técnica, obteniendo, sin embargo, una vacuna completamente inofensiva y de efecto seguro y positivo. Sobre la inmunización contra la difteria, los trabajos realizados por Ferrán tienen la prioridad á las investigaciones de Behring y Kitasoato: así lo han reconocido los profesores Fracukel y Klemperer, de Berlín, el año 1892.

Muy interesantes han sido también los estudios realizados por el doctor Ferrán, sobre el microorganismo del tétano y sobre la vacuna antipestosa, pero lo que más honra á este sabio investigador es el descubrimiento que ha realizado y comprobado ya, sobre la inmunidad contra la tuberculosis. En diversos laboratorios de las principales capitales de Europa, se ha abierto camino y ha sido recibida con verdadero respeto

la nueva bacteriología, ideada por el doctor Ferrán, sobre el concepto científico y técnico de la peste blanca, del terrible azote que se llama tuberculosis.

Hoy en día no puede sostenerse ya el antiguo dogma de que el bacilo ácido resistente de Koch sea el agente de la tuberculosis, porque el doctor Ferrán ha demostrado que esta afirmación sólo encierra una pequeña parte de lo que demuestra la realidad.

Hemos dicho que la vacuna que hace inmunes á los organismos contra la infección tuberculosa está descubierta por el doctor Ferrán y comprobado el hecho por eminencias científicas de varios países de Europa.

¿Qué hace falta para que la humanidad se beneficie con este transcendental y extraordinario descubrimiento biológico? Unos cuantos miles de pesetas que permitan al doctor Ferrán, demos-

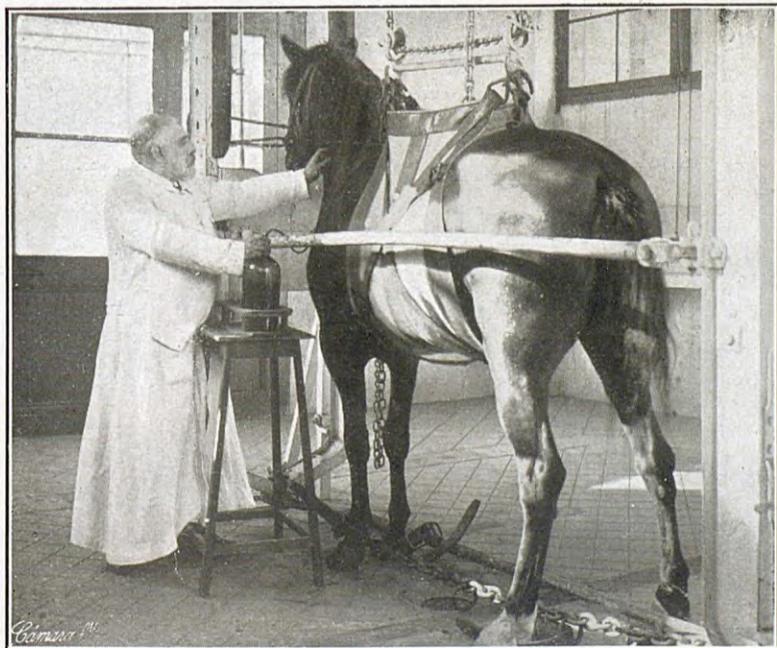
trar, pública y experimentalmente, la realidad bienhechora de su procedimiento científico.

El Gobierno tiene la palabra y el dinero para llevar á término la obra más grandiosa de los modernos tiempos.

Pero no terminaré sin dejar consignado, que jamás, nunca, el sabio doctor Ferrán recibió auxilio del Estado, siendo verdaderamente admirable que las investigaciones, que los descubrimientos, que la humanitaria labor, realizadas por este médico español, sean debidos exclusivamente á la iniciativa, á la voluntad y á la fe científica de su genial autor.

Ahora que debemos ser tan amigos de los ingleses, podemos demostrar, sin el menor esfuerzo, que poseemos un soberbio ejemplar de lo que ellos tanto estiman: SELF MADE MAN.

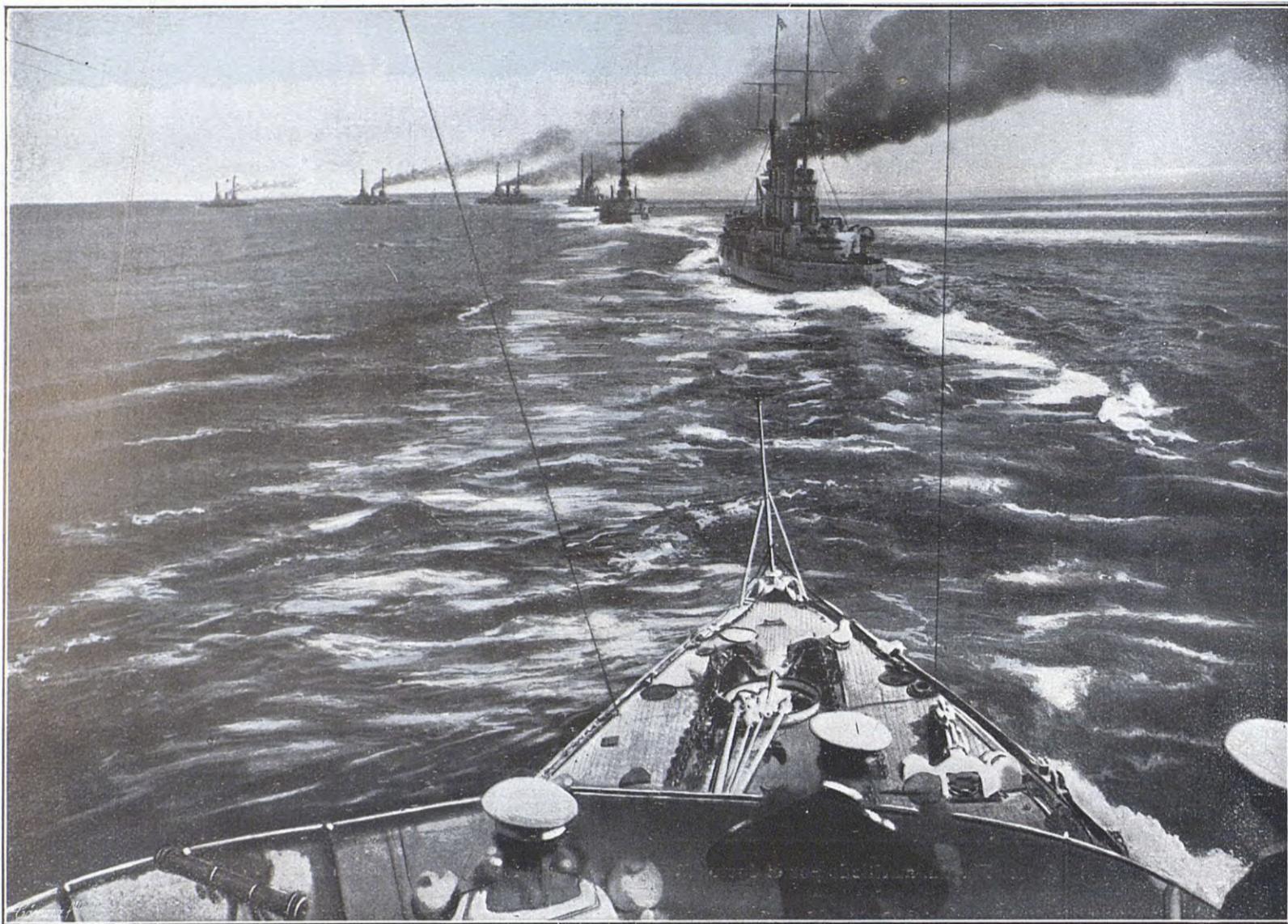
MIGUEL SERVET



Extracción de suero antidiftérico de un caballo



Perros inmunizados contra la rabia



La flota germánica en línea de combate

LA MARINA DE GUERRA ALEMANA

HASTA la constitución del Imperio germánico, la marina militar alemana, cuyo fundador fuera el príncipe Adalberto de Prusia, hacia mediados del siglo xix, puede decirse que no tenía valor alguno. Ni en realidad, sin costas apenas que defender, sin comercio marítimo que salvaguardar y sin colonias lejanas que proteger, Alemania había sentido tal necesidad. Luego, cuando empezó a desarrollarse hasta un grado inconcebible ese tráfico universal germánico á consecuencia del portentoso crecimiento de industria, cuando la expansión colonial del Imperio se fué acentuando, ante la amenaza creada á ese comercio y á esa industria florecientes, por el poderío británico, surgió el órgano formidable que de-

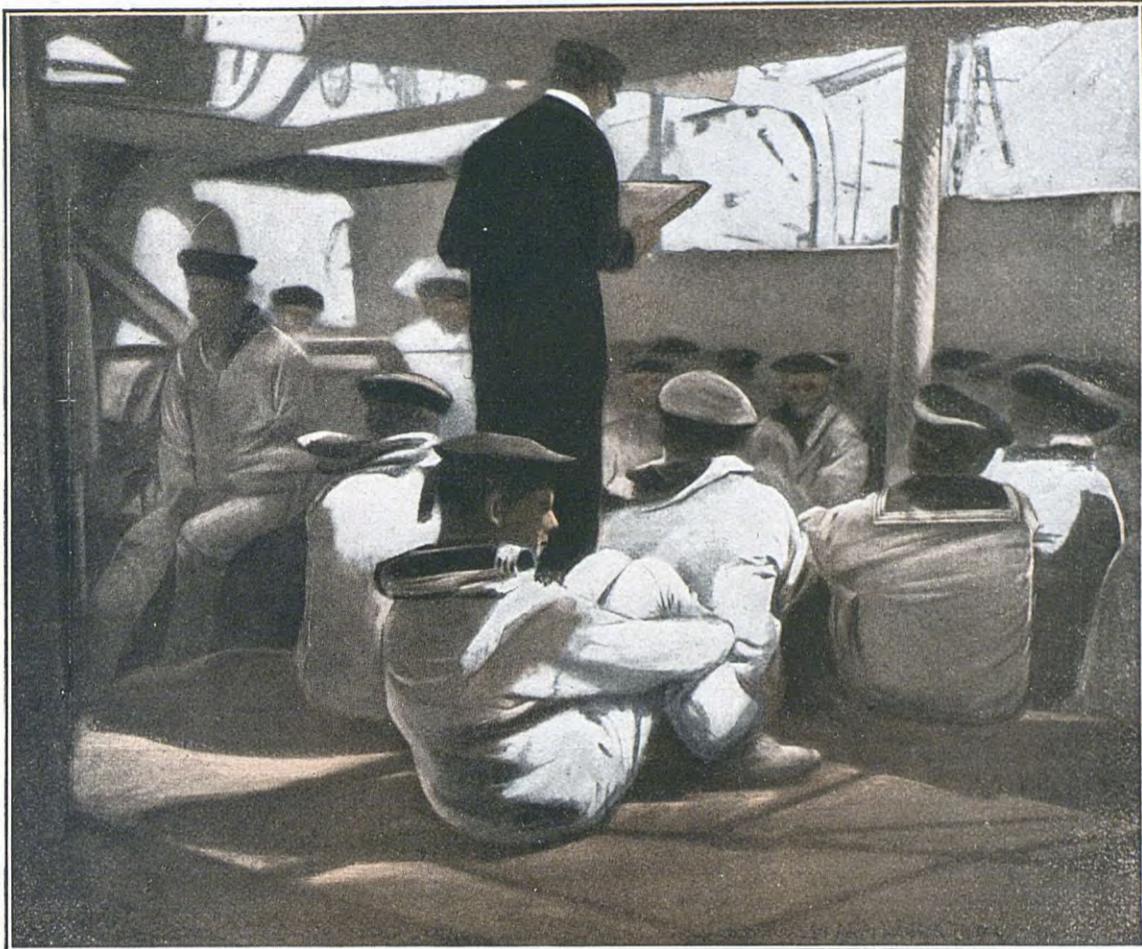


Los marineros durante la siesta

bía servirle de égida. En 1902, Inglaterra adoptaba su famosa *Ley de defensa naval*, destinando á la construcción de buques de combate y mejoramiento de defensas marítimas, la suma de 92 millones de libras esterlinas. Pero á este esfuerzo, que tendía á consolidar la supremacía marítima de Albión, botando al mar dos *dreadnoughts* por cada *dreadnought* ó crucero acorazado alemán, habíase anticipado Alemania con su *Ley de la armada germánica*, que preveía en 1900, 86 millones de libras; 75, para nuevos buques de combate, y 13, para arsenales y defensas costeras. La acción fecunda de esta ley previsor, que iniciara el Kaiser Guillermo, mostrando sus aptitudes de gran estadista, hubo de ser favorecida por el espíritu

nacional. Concretado esto en la *Liga Marítima Alemana*, unión de todas las fuerzas sociales integradoras de la nación, creóse como base de la cooperación pecuniaria efectiva, un potente sentimiento jamás sentido en Alemania: el amor al mar y el amor á la marina. Una propaganda intensa é incansable, realizada en todos los ámbitos del Imperio, propaganda á la que han coadyuvado el libro, el folleto, la fotografía, el grabado, la tarjeta postal, la conferencia, el *meeting*, el cinematógrafo, el aula universitaria, ha conseguido crear ese espíritu.

Y en trece años, el milagro se ha hecho apareciendo sobre los mares una flota mercante admirable, capaz de rivalizar con la inglesa y la norteamericana, y otra flota de guerra respetable, de cuya eficiencia militar están dando pruebas los combates navales sosteni-

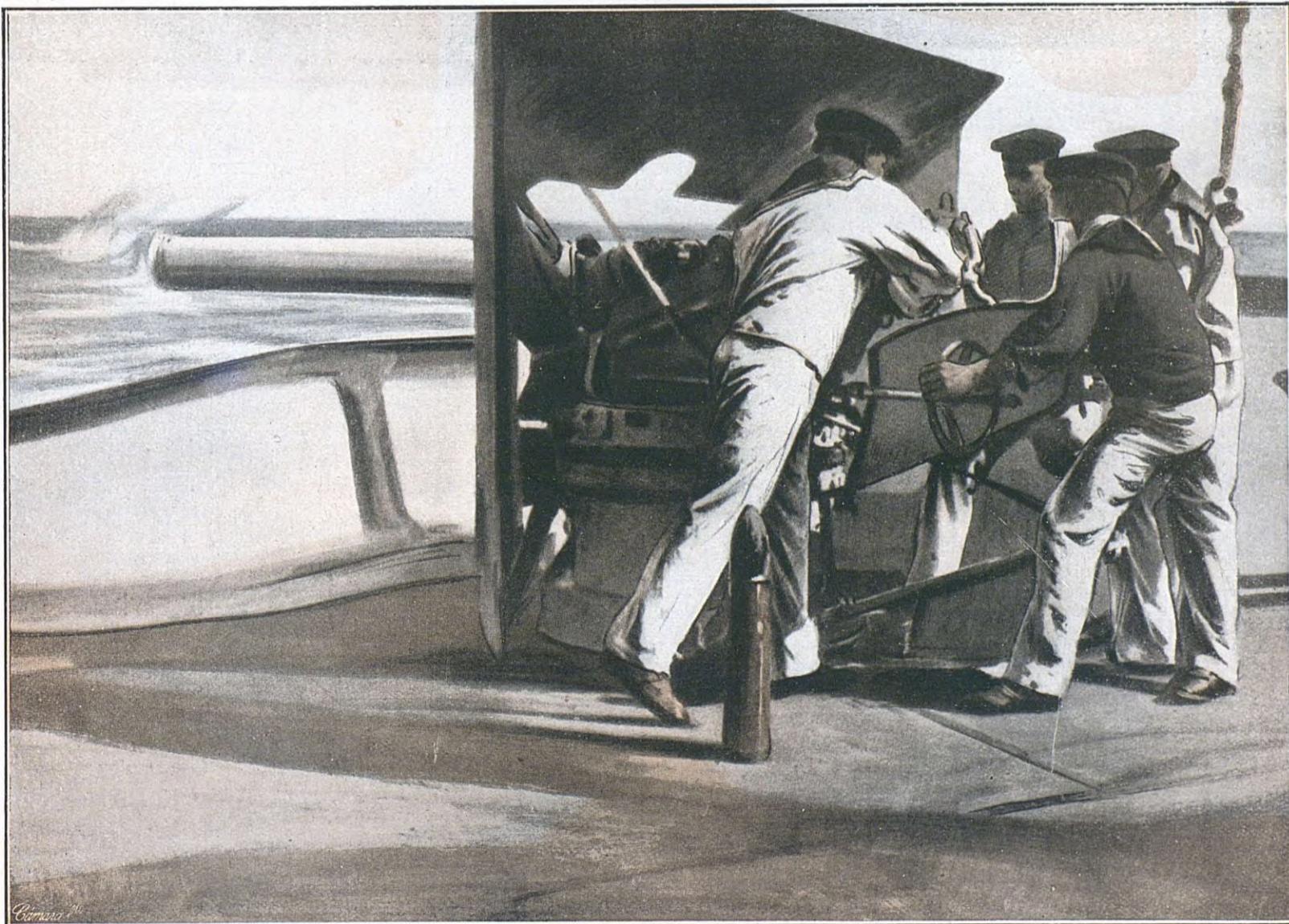


Un oficial leyendo á un grupo de marineros las noticias de la guerra

dos hasta ahora con sus rivales inglesas, y en los que se ha evidenciado que podrá Albión casi duplicar la fuerza marítima de Alemania, pero en cambio, los barcos germanos y las tripulaciones de esos barcos, por la superioridad de construcción, de velocidad y de artillado, por la sólida disciplina y educación técnica de sus hombres, no sólo no ofrecen sensible diferencia de la Marina hasta hoy tenida por la primera del mundo, sino que hasta ahora parecen ofrecer ventaja. La gran obra patriótica ha dado sus frutos. Alemania puede estar orgullosa de sus hijos.

Al incontrastable organismo militar que hoy hace frente á siete naciones unidas, sin que el territorio nacional haya sufrido la más insignificante desmembración, corresponde en admirable paralelismo, el arma marítima.

A. READER



La artillería haciendo fuego contra el enemigo



LA NUEVA REINA DE RUMANÍA

María de Sajonia Coburgo Gotha

EL 23 de Enero de 1874, una suntuosa ceremonia se celebraba, con el tradicional fausto y esplendor de la Corte rusa, en el Palacio de Invierno de San Petersburgo: eran las bodas de la única hija del Zar Alejandro II, la Gran Duquesa María Alexandrowna, con el Príncipe Alfredo de la Gran Bretaña, cuarto hijo de la Reina Victoria de Inglaterra, Duque de Edimburgo y, más tarde, Duque reinante de Sajonia Coburgo Gotha, por muerte, sin sucesión, del Duque Ernesto II, hermano del Príncipe consorte de la Soberana inglesa. Los recién casados, que poseían reunidas todas las preeminencias de belleza y alcurnia, riqueza y poder que contribuyen á una existencia dichosa, vivieron alternativamente en las respectivas Cortes de sus padres, y en el heredado y pequeño estado alemán, á cuya dinastía pertenecían ya en el siglo x, los Landgraves de Turingia, descendientes de los cuales eran los distintos Príncipes de Sajonia Coburgo Gotha, que en la primera mitad del pasado siglo, enlazáronse con diversas familias reales de Europa.

Los Duques de Edimburgo tuvieron varios hijos, siendo el segundo la Princesa María, nacida en 1875. Educada en sus primeros años bajo la cuidadosa y culta disciplina, proverbial en la numerosa descendencia de la venerada reina inglesa, la Princesa María vivió en Coburgo, en el castillo de Rosenau, cercano á la capital del Ducado, la mayor parte de su infancia, y al llegar la juventud, su belleza era tan notable como su ilustración y bondad. Destacábase en ella un vivo temperamento artístico, que revelaba en todos sus gustos y aficiones, servido por una extensa cultura, que descubriendo su alta inteligencia, hacía sobresalir su figura entre las Princesas de aquel tiempo.

Por entonces, el Príncipe heredero de Rumanía, Fernando de Hohenzollern, fué alejado de su futuro reino por la prudencia del Rey Carlos, quien advirtió, bajo la sombra de un idilio amoroso, protegido por la Reina, la intriga política de un partido, que aspiraba á influir en la Corte rumana, valiéndose de la juvenil inclinación del Príncipe por una dama de honor.

Descubierto el propósito, la Reina sufrió tan gran disgusto, que enfermó por algún tiempo. Los instigadores fueron desterrados y el Príncipe enviado á visitar las Cortes extranjeras. En una de ellas, vió á la Princesa María, cuya espléndida y rubia belleza confirmara el más ro-

mántico ensueño, haciendo olvidar por completo al Príncipe su efímero episodio de amor.

Concertada la boda, celebróse en Enero de 1893 en Sigmaringen, dominio señorial de los Hohenzollern de la rama católica, y el nuevo matrimonio marchó á Rumanía, donde le esperaba la realidad de su dicha, y el homenaje de un pueblo, que acogió á la Princesa con todo el entusiasmo que la hermosa despierta en los espíritus sencillos y fervientes.

Supo la Princesa María, con su talento, conquistar el amor del pueblo, como había conseguido la admiración sólo con su presencia.

Con particular aptitud para el estudio de los idiomas, pronto habló correctamente el rumano, como hablaba ya el inglés y el ruso, el alemán y el francés.

En el amplio horizonte de un país nuevo, de tradición oriental, en las gradas de un trono, cuyos inteligentes soberanos veían en ella la esperanza de consolidar, perpetuando su raza, el reino por ellos fundado, el noble espíritu de la Princesa y sus aficiones artísticas, hallaron continuo y propicio empleo.

Las llanuras agrícolas de la Rumanía pintoresca y las frondosas laderas de los Cárpatos, legendario refugio de las nacionalidades bálticas en las épocas de invasión extranjera, inspiraron á la Princesa bellas pinturas de verdadero mérito; mas su principal obra artística ha sido la renovación y embellecimiento de los palacios de Bucarest y Sinaia. En Cotroceni la Princesa, aunando, felizmente, con un arte propio, lo antiguo y lo moderno, ha reunido en torno suyo, cual digno marco de su belleza, un conjunto artístico original y sugestivo, por su armonía. El salón bizantino es encantador y bajo sus doradas arcadas parecen resurgir las emperatrices orientales, evocadas por la luz del crepúsculo, á través de las ventanas ojivales, con la ilusión del presente y el misterio del pasado. Allí, en una mesa, también dorada, de honda cajonería y profusos adornos, dibujado el modelo por la Princesa misma; cercana una ruca, de preciosas molduras, que enarbola blando lino, la nueva Reina lee y escribe rodeada de su flor favorita: los lirios, que esparcidos por todas partes, ya frescos ó pintados, blancos y erguidos, pálidos ó rojos, siempre como un emblema personal, aparecen en todas las estancias de Palacio. Y sobre aquella mesa, entre recuerdos familiares de Occidente, una calavera, mística aparición de lo único eter-

no y verdadero, que á la vida ofrecen las grandezas de la dicha, revela el espíritu reflexivo de la Princesa.

Sinaia, la residencia veraniega de la Corte rumana, situada en alta colina de la vertiente oriental de los Cárpatos, es un lugar de belleza natural incomparable. La espesura de sus bosques de abetos y los torrentes que descendiendo de la cordillera derraman, en pródigas cascadas, la riqueza de sus aguas transparentes, convierten en verdaderos vergeles aquellos contornos poblados de lujosos chalets y preciosas villas, donde pasan el verano la aristocracia y el elemento oficial del país. Los Reyes poseen allí el magnífico Palacio de Pelesch, donde han nacido el actual Príncipe heredero y la Princesa Isabel, que, recientemente, pasó en Madrid breve temporada; no obstante, la Reina María ha preferido, hasta ahora, su Nido, como llaman al precioso cottage de Pelisor, construido y amueblado bajo su dirección, en un estilo moderno y confortable, más conforme á los hábitos ingleses de la Princesa durante el estío, que á las suntuosidades del imponente castillo.

Pelisor, colocado en una cima que le da su nombre, es un verdadero nido de recuerdos y afecciones, donde la Reina ha reunido muchas veces á sus primas las Grandes Duquesas y las Princesas inglesas y alemanas, pues difícilmente Soberana alguna estuvo tan íntimamente emparentada con todos los tronos: el Zar y la Zarina son, por línea paterna y materna, ambos, primos hermanos suyos; lo son igualmente, por la primera, el Kaiser; el Rey de Inglaterra; el Príncipe reinante de Hesse, y el Duque de Sajonia Coburgo Gotha; además de las Reinas de Grecia, España y Noruega, y la Princesa heredera de Suecia. Su hermana menor, la Princesa Beatriz de Coburgo, Infanta española, por su matrimonio con D. Alfonso de Orleans, nieto, cual nuestro Monarca, de Isabel II, vive hace algún tiempo entre nosotros y esto ha hecho más frecuentes, en los últimos tiempos, las relaciones de ambas Cortes.

La Reina María sube al trono en horas difíciles y dolorosas para Europa; su personalidad, tan admirada por su pueblo, ha de responder fielmente á los justos anhelos de Rumanía, que el pasado reinado convertía en realidades, y que el presente confirmará, aumentadas, con un porvenir de esperanzas.

MARICRUZ

LA ESFERA



BATERÍA DE UN ACORAZADO ALEMÁN EN PLENO COMBATE

(Cuadro de Max Rabes)



SOMBRAS AUGUSTAS
EL REY DE BÉLGICA



Interesante fotografía del Rey Alberto, en su despacho del Palacio Real de Bruselas

ANTE la línea invasora del fuego alemán, en las ciudades defendidas heroicamente y arrasadas y abandonadas luego, retrocediendo paso á paso hacia el mar y hacia la frontera del Norte de Francia, vagan dos sombras augustas, que el mundo entero contempla con admiración, con lástima... ¡Son los reyes de Bélgica!

Pocos tronos podían creerse tan sólidamente afirmados en Europa; pocos cetros simbolizaban tan enteramente el consorcio de la voluntad nacional y el derecho divino; pocos reinados parecían predestinados igualmente á representar en la Historia un periodo tan largo de paz, de cultura, de progreso, de enriquecimiento. Era Bélgica el más feliz ensayo de régimen democrático de cuantos se hacían en Europa. Y, ahora, un azar inesperado, hace padecer á este país todos los horrores de la guerra y deja sin territorios en qué reinar una monarquía, que con las realidades de la prudencia hacía efectivas todas las realidades del Derecho, como si sobre la nacionalidad belga pesara una maldición que á través de la Historia no la deja constituirse y consolidarse. ¡Tierra infeliz que ha conocido todas las invasiones y padecido todos los dominios!

Frente á ese tremendo poder ejecutivo hecho carne viva en el Kaiser Guillermo, en quien el símbolo real es espíritu de su raza y voluntad de su pueblo, y frente al autócrata ruso, que dispone de sus muchedumbres para lanzarlas automáticamente á la guerra, apa cce, como un problema esfigmático, la silueta de estos reyes belgas que cumplen con respeto religioso el principio democrático de reinar sin gobernar; del viejo Leopoldo, paseando por los *cabarets* de París las elegancias de su disipación viciosa y de este nuevo Rey sencillo, severo, virtuoso, hombre de hogar, de lecturas, de altas preocupaciones intelectuales, de prácticas religiosas, temeroso de sí mismo... ¿Cuál de estos reyes realiza el ideal de salvaguardar á sus pueblos y de engrandecerlos? ¿Es el absolutismo ruso? ¿Es el poder personal alemán? ¿Es la soberanía nacional de la democracia belga?

Hace pocos días nos contaba un cronista de



La Reina de Bélgica, con su hija la princesa María Carlota FOTS. CHUSSEAU FLAVIENS

la guerra, que allá en las lindes franco-belgas, donde hace un mes que los campos se fecundan con sangre humana, sonó al alba la esquila de una ermita llamando á oír misa á los aldeanos, á los soldados, á los fugitivos de las ciudades destruidas, á los doloridos de toda aquella tierra desolada... Y entre los que acudieron al son de la campana, á pedir un poco de esperanza al Cielo, había un matrimonio enlutado, que en la difusa luz del amanecer no fué conocido por los fieles. La dama se apoyaba fatigadamente en el brazo fuerte de su esposo, alto, esbelto, no abatido por el infortunio. Ella le dió, al entrar en la iglesia, agua bendita. Se refugiaron en la sombra de una capilla y allí, arrodillados, entre aldeanos que mezclaban sus preces con maldiciones al enemigo, entre mujerucas del pueblo que sollozaban y gemían y gritaban su dolor, entre soldados derrotados y heridos, rezaron con unción ejemplar durante toda la misa. Al salir de la ermita, iluminado ya por el sol el campo, donde el cañón comenzaba á resonar de nuevo, los aldeanos y las mujerucas y los soldados quedaron atónitos y abrieron calle para dejar pasar al enlutado matrimonio. Eran los Reyes de Bélgica; solos, sin escolta, Soberanos todavía de unos cuantos kilómetros de ensangrentado territorio, donde él está al lado de sus tropas y ella espera en las ambulancias sanitarias, á los heridos que ha de curar y consolar. Y yo digo que ese cuadro enternecedor no pasará á la Historia, porque ésta se cuidará solamente de indagar hasta donde llega la responsabilidad de ese Monarca en la destrucción de su reino. Para nosotros ese juicio es un enigma. Lo es, hoy mismo, el juicio de la nación que ha sido destruida y que carece de todo órgano de expresión, con su gobierno expatriado, con su Parlamento sin residencia, con su prensa, sometida de un lado á la censura alemana y de otro á la presión de los intereses franceses é ingleses.

Ante la figura de este Rey bueno, de este Rey ejemplar, surge otra interrogación. Si las virtudes de un Monarca, si las virtudes de todo un pueblo que cumple mejor que ningún otro los fines humanos, llegando á alcanzar un máxi-



El Rey Alberto, hablando con el general French acerca de la guerra, en la plaza del mercado de Furnes

mum de densidad de población y de intensidad de producción, de trabajo, de riqueza y de cultura, no pueden evitar que una nación sea desgarrada y asolada. ¿vale la pena de que los pueblos pequeños agoten sus energías en previsiones militares? Este triste final de Bélgica, ¿no estará reservado en un mañana, más ó menos lejano, á Holanda, á Suiza, á Noruega, á Suecia, á Portugal, á España misma? Porque Bélgica fué admirable hasta en sus previsiones militares. Había hecho de Amberes la plaza fuerte más segura de Europa. Se la creía inexpugnable. Lieja estaba rodeada de reducidos y defensas admirables. Sus vías de comunicación respondían á planes estratégicos minuciosamente estudiados. Poseía fábricas de armamentos y municiones que excedían con su producción á todas las previsiones. Había hecho cuanto puede hacer una nación para ser respetada y aun temi-



El Rey Alberto, con el traje de minero

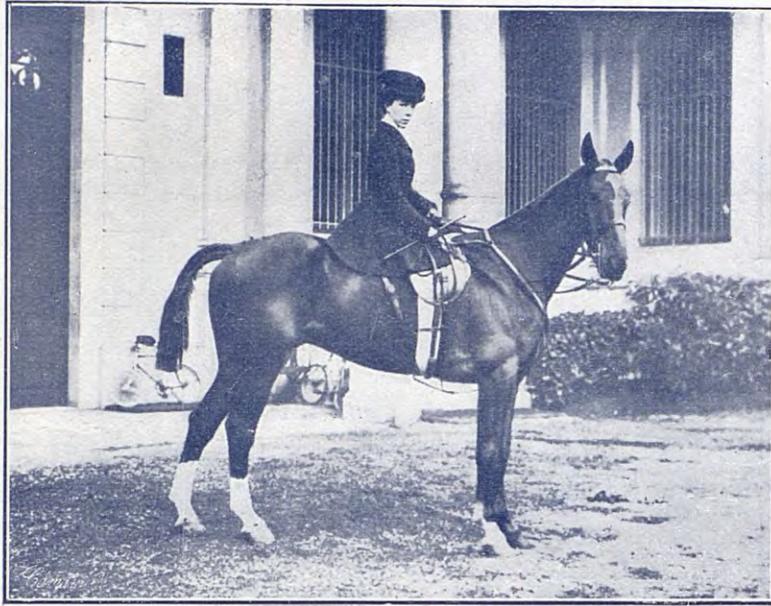
da, en el desatamiento de la guerra. Acaso esto mismo engañó á su Rey y á sus gobernantes, aun á aquellos, como los socialistas, que sancionaron con su concurso personal, á última hora, la idea de la resistencia.

Ahora ya, cuando el desastre no tiene remedio, los belgas piensan que seguramente el viejo Rey Leopoldo, adiestrado en los cinismos de su vida tormentosa, hubiese procedido de otro modo. Tenía el astuto amador un conocimiento profundo de lo que eran las cancillerías europeas, y con su aparente desdén de la gobernación del Estado, había logrado desentenderse y aislar á su pueblo de cuantas amenazas aparecían en el horizonte de Bélgica; algunas tan bullangueras, tan insidiosas como la iniciada en Inglaterra contra las reales ó supuestas crueldades en la explotación industrial del Congo.

Además, el viejo Leopoldo había



El Rey de Bélgica en una revista militar



La Reina de Bélgica, vestida de amazona

acostumbrado á su pueblo á bastarse á sí mismo, á gobernarse por sí propio, á no contar con el Rey más que para sonreírle y festejarle las gracias de su vida bohemia. Allí eran políticos los que conquistaban la voluntad y los sufragios del pueblo y el Rey respetaba á los elegidos y de entre ellos tomaba á quienes habían de gobernar. Era el Rey ideal de una democracia, y ésta por su propia fuerza, por su propio estímulo, no contenido por ninguna razón de Estado, desenvolvía la admirable prosperidad del país.

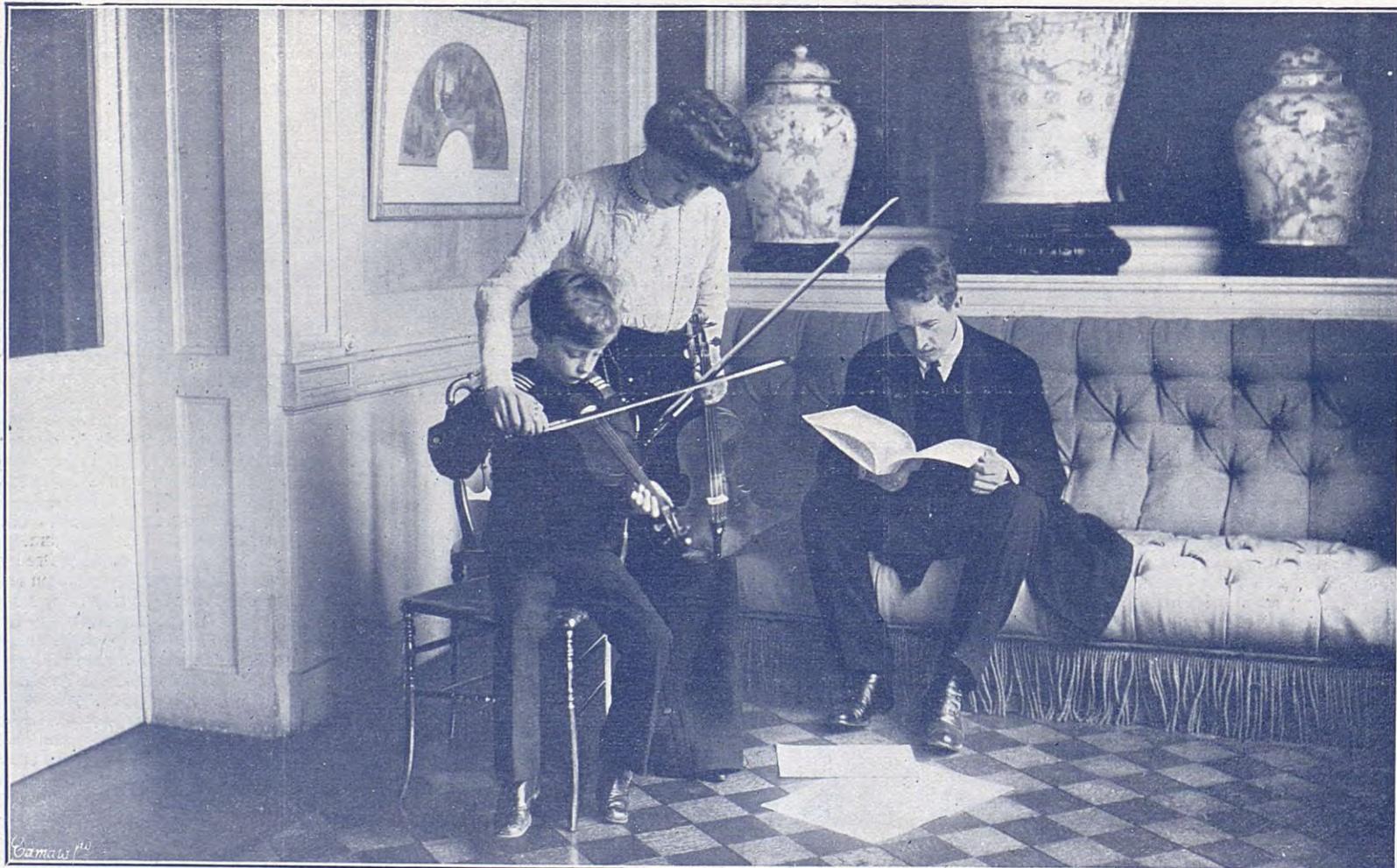
Pero Alberto I tiene otra contextura espiritual. Heredero del trono, crea un hogar modelo de virtudes; gasta sus horas en el estudio; tiene un sentimiento, una idea personal de la misión histórica que ha de cumplir. Sabe que será Rey un día y quiere ser digno del destino providencial que le lleva á la cumbre. Sabe que la tierra belga es fértil y sueña con ayudar á los labradores á obtener mayor producción; sabe que en las rutas de los mercados consumidores Bélgica ocupa un lugar estratégico y que su industria puede llegar á prosperidades incalculables y sueña con

espolear las iniciativas fabriles; sabe que el alma belga ha sido templada en el rodar de los siglos por las adversidades de la guerra y aspira á que sus cincientos mil soldados sean capaces de toda empresa militar; sabe que tendrá en sus manos la más fértil y extendida tierra de Africa y cree que reparará con una colonización justiciera y sabia esa vergüenza de la civilización europea que los periódicos ingleses llamaban «el infierno del Congo...»

Y así ha llegado al trono este hombre singularísimo; todo virtud, todo inteligencia, todo serenidad, todo conciencia del deber, pero acaso también todo candor. Modelo de ciudadanos que ha querido ser Rey. Y por serlo, hizo frente al mal de la guerra que de improviso apareció en su frontera. Cruzarse de brazos, encogerse de hombros, hurtar la responsabilidad con el pretexto de su debilidad ó su pequeñez eran gestos indignos de él. Y la nación entera se sintió sugestionada por aquella actitud gallarda y siguió á su Rey. Y la nación entera ha sido arrasada. Faltaba á la totalidad de virtudes de este varón

ejemplar una cualidad: el heroísmo. No dependía de su voluntad procurársela. Había de traérsela el azar, que es el único trazador de la vida de los pueblos y de los hombres. Y como un homenaje, el azar ha ofrendado ante el trono de Alberto, la ocasión de que probara el temple de su alma. Ocasión que dura ya tres meses, largos días de dolor y noches de angustia interminables; las plazas cercadas, destrozadas y rendidas; el ejército acorralado retrocediendo paso á paso; los campos y los caminos invadidos por las mujeres, los ancianos y los niños que huyen ante el invasor; todo arrasado, todo destruido... Y Alberto, impasible, ha estado en los lugares de mayor peligro, dando ejemplo, haciendo héroes, alentando resistencias que necesitarían un Homero por cantor y ha padecido en su corazón los tremendos dolores que ha sufrido el corazón de su pueblo. ¡La crítica histórica tendrá que arrojarse ante este Rey, tan grande que no ha sabido salvar su nación ni su corona!

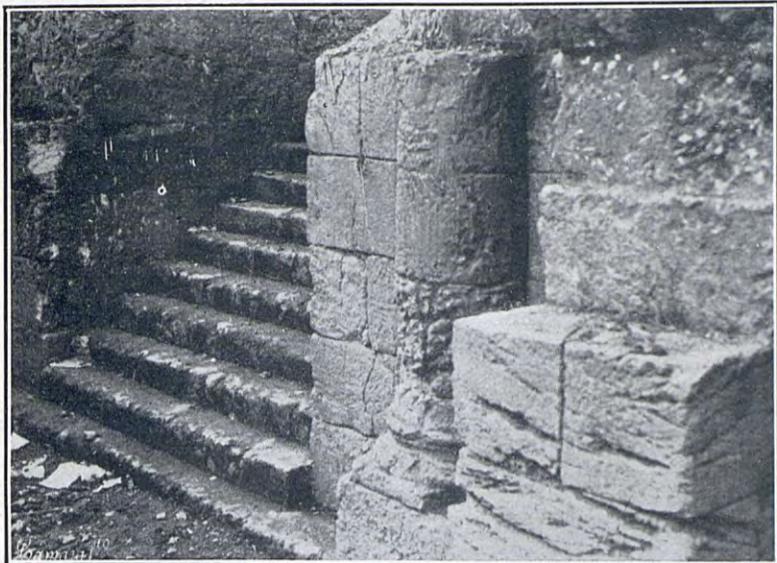
DIONISIO PÉREZ



Los Reyes Alberto é Isabel, de Bélgica, en la intimidad, durante una lección de violín de su augustó hijo, el duque de Brabante

FOTS. CHUSSEAU FLAVIENS

∴∴ DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS EN SEVILLA ∴∴



Escalera que da acceso á la parte alta del circo romano de Itálica (Sevilla)

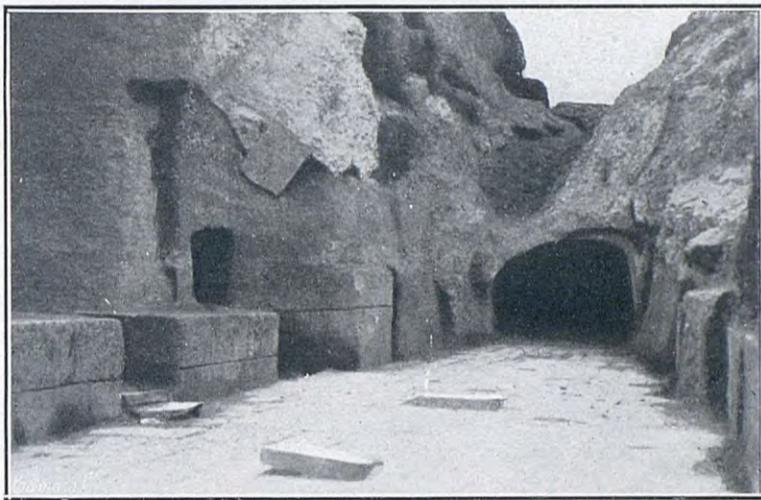


Escalera que conduce al campo desde la planta baja del circo de Itálica

EN la alegría de la vega sevillana la luz del sol hispalense, briosa y cegadora, calcina con la intensidad de su fuego los vestigios seculares de la vieja Itálica, cuna famosa de emperadores y de artistas.

Por las rotas murallas y las agrietadas paredes miran los siglos con ojos que despiertan perezosamente de un largo sopor inacabable. La trágica arena que era lecho de muerte para el gladiador y mesa de festín para las fieras hambrientas, ha florecido en encendidas amapolas que ofrecen al beso del sol sus cálices rojos como un coágulo de sangre. Mudas están las galerías que restan, vacíos los amplios vomitorios, silenciosas las extensas gradas cuyas entrañas de piedra se estremecieron alguna vez con los horrores de los suplicios y con el loco entusiasmo y el desenfreno del pueblo de los Césares.

El tiempo, andando sin reposar un

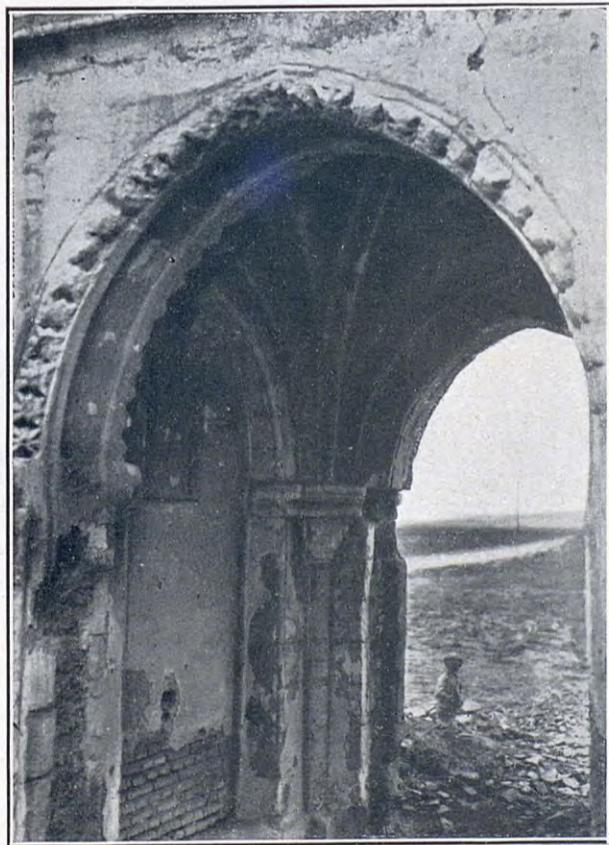


Una de las entradas al circo de Itálica, descubierta recientemente

Los arqueólogos han vuelto á encontrar la palabra de los años lejanos, petrificada, en el capitel, en el mosaico, en el piadoso cipo funeral, con nuevos é interesantes descubrimientos.

También en la tierra sevillana, cerca del viejo monasterio de los lerónimos, se ha descubierto un rico templete que en lejanos días guareció una cruz. Alrededor de ella giran historias romancescas de riñas y de amores. En sus cercanías hubo una venta famosa en los anales andaluces, y á su pie los audaces caballistas bandoleros tiñeron de rojo las hojas de sus puñales y lograron que la metralla de sus trabucos asesinos hiciera aspersión de la sangre víctima, cuyas salpicaduras bermejas llegaron á manchar en profanación horrible los brazos perdurablemente abiertos del símbolo redentor...

ROGELIO PÉREZ OLIVARES

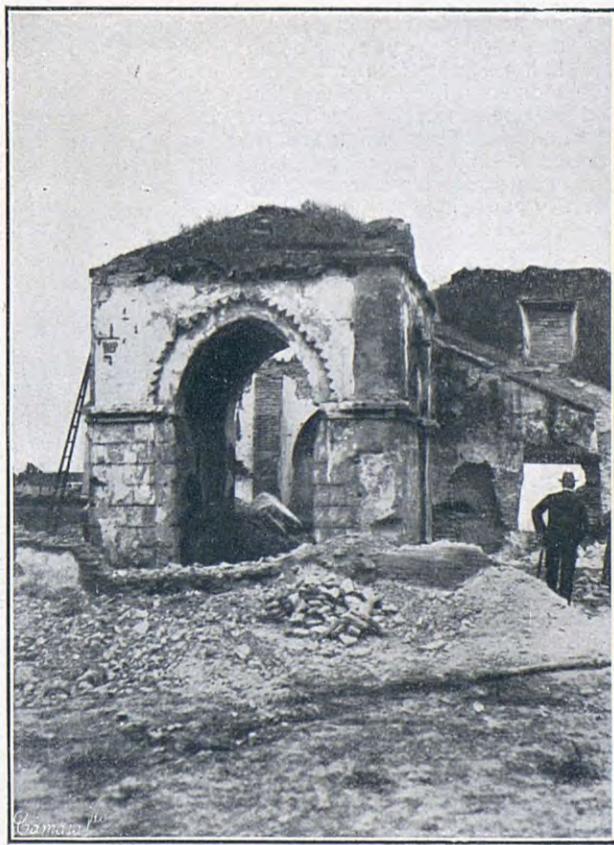


Detalle del templete de la Cruz, descubierto en el cortijo de Tercia, de Sevilla

punto, con su paso de medida gravedad, acabó con los trágicos días del circo y en su pródigo crear y destruir existencias ha ido operando la evolución constante, eterna, que no basta á detener la interminable cadena de dolores, de la que cada eslabón es una vida...

En el mismo lugar donde la altiva mirada del augustano tuvo las mercedes de su desdén, para la sucia plebe que, apretaba sus carnes de villanía en las gradas del anfiteatro, un muchacho pueblerino, curtido por el sol y soberano de su libertad, impera como César; donde las matronas y las cortesanas alardearon de su impudor y de sus liviandades, una pareja de campesinos que retornan cansados al hogar tibio, aureoladas las nobles frentes por el oro crepuscular, se postran fervorosos al toque del *Angelus*; donde murmuraron fatigosos estertores de agonía, revolotea sus donaires una copla de amor.

¡Ave César! La huella de tu planta orgullosa es hoy guardada de tranquilos insectos. Sobre aquella, entre los jaramagos, que son gala de las viejas ruinas, una lagartija de negros ojillos, vivaces, saca el cuerpo viscoso, jipato, de chata cabeza, para tomar el sol...



Otro detalle del templete de la Cruz, descubierto en el cortijo de Tercia, de Sevilla



CRÓNICA TEATRAL

ESTRENO DE "LA VIDA BREVE", EN MADRID



La Sra. Vela y la Srta. Tellaache en una escena del primer acto del drama lírico "La vida breve"

Por esta vez es ocasión de celebrar, con plenas seguridades de que no ha de llegarnos la hora de las recificaciones, ese tan anhelado momento inicial de una lírica dramática exclusivamente nuestra. Desde aquella malograda tentativa que inaugurara la *Circe*, del maestro Chapí,—aparte de las producciones aisladas, alguna de positivo valor artístico, que tímidamente y patrocinadas por la empresa del Real, aparecieron como afirmación rotunda de la existencia de compositores nacionales—nada de lo hasta el presente llegado á nosotros con el nombre de ópera española, si se exceptúa la *Margot*, de Turina, merecía ser tenida por tal, ó, de admitirla, sólo con grandes reservas y distingos.

Ahora, con *La vida breve*, de Manuel de Falla, que con tan considerable y justísimo éxito acaba de estrenarse en Madrid, ya no cabe dudarle: nos encontramos en presencia de un compositor cuyos valores, lejos de tener que ser revisados, acrecerán de día en día, y nos encontramos, además, ante una obra, en la que el tiempo no actuará si no es para realzarla y aventajarla. Señala, en efecto, esta *Vida breve*, ya sancionada con la admiración y el aplauso férvido del público musical de mayor nivel de Europa, después

del alemán, un hermoso y sólido punto de sustentación en la magna obra por que suspira todo amante sincero de la música española. Con *Pepita Jiménez*, del malogrado Albéniz, y con *La Celestina*, del venerable Pedrell, ambas ya de renombre mundial, consagradas por el aplauso de los auditorios europeos y de la crítica de altura, será, mientras nuevas obras de esos autores hispanos, ó de otros, no vengán á engrosar la lista, lo que puede representar en el extranjero dignamente, seriamente, á un arte nacional, que aspira con toda justicia, en cuanto tiene

hombres que puedan robustecerle, á compartir las admiraciones con el arte alemán, el checo, el ruso y el francés, ya formados y prósperos.

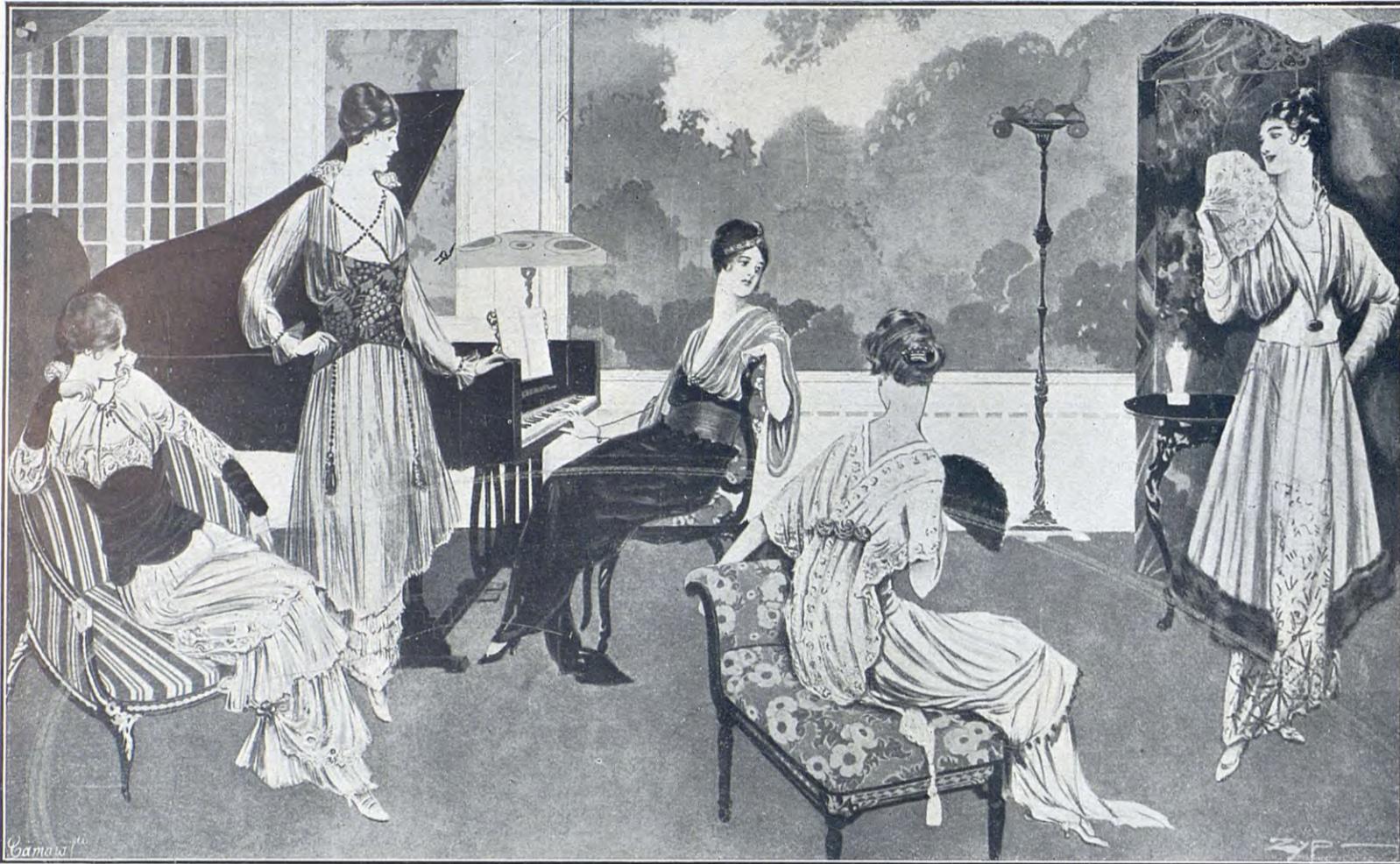
Se trata, pues, de una rotunda afirmación de existencia de un arte, y sobre eso que debe halagarnos y enorgullecernos como españoles, de una enseñanza utilísima para los compositores de nuestra patria. En *La vida breve*, de Falla, se extirpan ya, valientemente, todos los convencionalismos y todas las rutinas de una fase de la escena lírica española, así como de la vieja ópera, abordándose el drama musical en la más amplia, severa y noble forma, con todos, absolutamente todos los recursos de la técnica moderna como medio para la expresión de los sentimientos ó para la pintura de ambientes y de situaciones, y al realizar la obra de arte, luminosa, intensa, poderosamente emotiva, el músico no se aparta, sino por brevísimos instantes, de la línea inflexible que se propuso: hacer arte español, pero no dándole una vana y efímera apariencia de vida, con la inserción y libre aprovechamiento del *folk-lore* popular, sino realizando algo de muy superior mérito, que es crear, engendrar un sér propio, poniendo en él el entero espíritu, de una raza, después de haberse asimilado.—A. B.



Una escena del segundo acto de "La vida breve"

FOTS. SALAZAR

LA MODA FEMENINA



Figurines de la moda inglesa, publicados por "The Queen", de Londres

Después de un largo paréntesis impuesto por la fuerza de las circunstancias, vuelvo á emprender la amable tarea de comunicarme con ustedes, que es para mí lo más grato y satisfactorio de mi vida.

Yo no sé en qué consistirá que mis preferencias se inclinen por este charloteo que yo me figuro confidencial á pesar de mi convencimiento de que le aguarda una publicidad grandísima. Pero lo cierto es, que ni en las horas elegantes del te, ni en el palco del teatro en brillantes noches de moda, ni en el atractivo indiscutible de la *soirée*, ni en la íntima conversación con mis amigas de siempre, por las que siento un cariño sincero, disfruto tanto como en los ratos que escribo estas crónicas que algunos califican de banales y sin trascendencia y que á mí me parecen de una importancia universal é indiscutible... ¡Y cualquiera me convence de lo contrario! Algo influye en esto el pícaro romanticismo. A ustedes seguramente les ha pasado igual. En vuestras imaginaciones, en vuestros ensimismamientos, cuando los ojos miran fijos, muy fijos á un punto quimérico y el espíritu se abstrae totalmente de cuanto nos rodea, si vuestro corazón siente deseos no correspondidos del goce espiritual del amor, de la conversación hurtada al general conocimiento y os parece escuchar la promesa trémula que sale por los labios ardientes del sér elegido, como un nuncio dichoso de futuras felicidades, forjáis la idea en el limpio crisol de vuestros anhelos y ansiosamente le dais vida imaginativa á un sér y encomiais íntimamente sus perfecciones, haciendo de la invención una realidad que nunca, nunca llega á confirmarse.

Yo me he forjado también un público á mi antojo. Y como es producto de mi simpatía, y como lo veo deferente con mis trabajillos, considerado con mis advertencias y bondadoso con mi poca práctica en estas lides de la pluma, de aquí mi gran deseo por dedicarle con frecuencia los ratos mejores. Llevo en este caso una ventaja que me pone á cubierto del temible desencanto, inexcusable en el tránsito de lo pensado á lo visto, de lo ideal á lo real y es que mi público,



Traje de de paseo; modelo francés
FOTS. HUGELMANN

mis bellas amigas, por lo mismo que no pueden concretarse en una sola persona ni en una determinada reunión, tienen que ser siempre el sér abstracto, irreal, particularísimo con el que comparto en amigable consorcio mis aficiones predilectas. Yo por mi parte me cuido bien de guardar el incógnito.

Estamos por tanto de enhorabuena mis lectoras y yo. Por lo menos hemos conseguido evitar la desilusión, que es una de las peores amarguras de la vida.

Ahora falta que los trágicos momentos por que pasa el mundo acaben y vuelva la paz á reinar entre todos extinguiendo las hogueras infernales del odio donde tantas vidas se inmolan y tanta sangre se vierte.

Y es claro. En este desquiciamiento general, en la incertidumbre de un destino impreciso y vago que no se puede predecir si terminará en fatalidades ó florecerá en venturas, nadie tiene tranquilidad para pensar en cosas delicadas, como son las cosas nuestras, que requieren quietud de ánimo y predisposición para el sentimiento de la belleza.

Los grandes modistos de París, están en la guerra ó inutilizados bajo la dolorosa impresión de las desdichas de su patria; los de Londres acosados por un continuo sobresalto y sin la seguridad de una buena acogida para sus creaciones, limitan el trabajo, que se desenvuelve con poca variación dentro de los mismos modelos que dejé explicados en mis últimas crónicas.

Aquí en Madrid se ha hecho algo. Pero con timideces y vacilaciones que se deben desterrar. Y ya veremos si los sucesos que se desarrollan lejos, por fortuna, de nuestras fronteras me dejan seguir.

Calculen ustedes si tendré qué decirlas y asuntos que abordar después de este largo período de silencio. Lo que es como Dios quiera, hemos de hablar de cosas interesantísimas, amén de estar siempre al corriente de las alternativas de la moda y del camino que vayan marcando sus volubilidades é inspiraciones.

ROSALINDA

UNA PASTILLA VALDA

**EN LA BOCA
ES UNA GARANTIA DE PRESERVACION**

de las afecciones de la Garganta, Corizas, Ronqueras, Resfriados, Bronquitis, etc.

ES LA DESAPARICION INSTANTANEA

de la sofocación, accesos de Asma, etc.

ES LA RAPIDA CURACION

de todas las enfermedades del pecho

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA

PEDIR, EXIGIR

en todas las farmacias

LAS LEGITIMAS PASTILLAS VALDA

que son ÚNICAMENTE las que se venden en CAJAS de Ptas 1.50

y llevan el nombre **VALDA** en la tapa

AGENTES GENERALES : Vicente FERRER y C^{ta} Barcelona.

Fórmula :
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.0005
Azúcar-Goma.

LA TISIS PUEDE SER CURADA

Descubrimiento de un Remedio contra la Tisis



Dr. Derk P. Yonkerman, el Descubridor del Nuevo Remedio contra la Tisis

Después de siglos de investigaciones, sin éxito, se ha descubierto un remedio para la curación de la Tisis, aún en los periodos avanzados de la enfermedad. Nadie puede dudar que la Tisis tiene remedio una vez que haya leído los testimonios de centenares de casos curados mediante este notable descubrimiento—algunos de ellos cuando un cambio de clima y todos los demás remedios habían sido probados sin éxito, y sus casos se consideraban como incurables. Este remedio nuevo es también eficaz y rápido en la curación del Catarro, de la Bronquitis, del Asma y otras enfermedades de la garganta y de los pulmones.

Para que todos los que necesiten este tratamiento, puedan investigar su mérito personalmente, se ha publicado un libro explicativo que trata de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro y las enfermedades aliadas de la garganta y de los pulmones. El libro explica la naturaleza del nuevo tratamiento y demuestra de una manera indisputable cómo y por qué este descubrimiento del Doctor Yonkerman cura rápidamente estas enfermedades peligrosas.

Para los que padezcan de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro, ó cualesquiera de las enfermedades aliadas de la garganta ó de los pulmones, este libro es

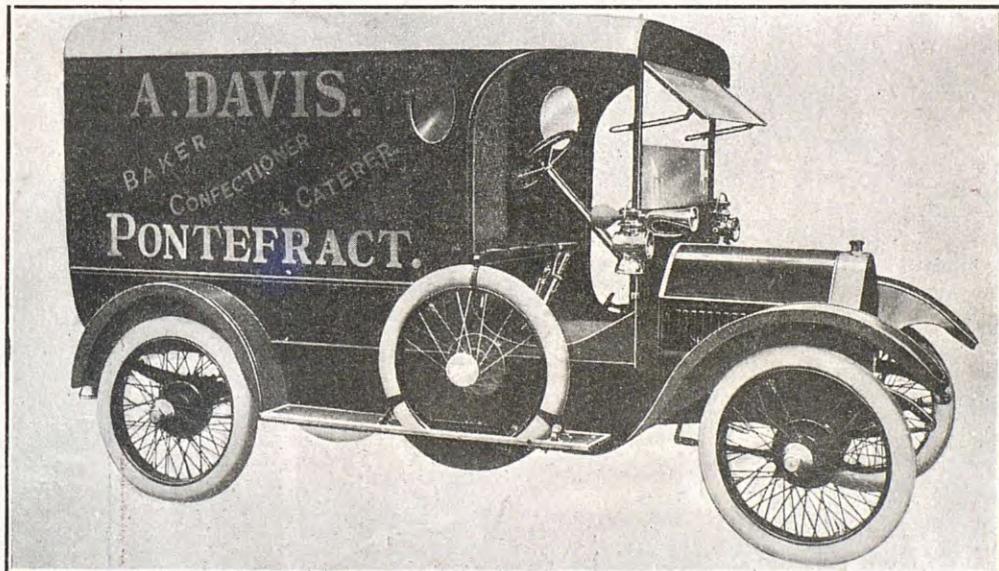
ABSOLUTAMENTE GRATIS

No hay que mandar timbres postales ni dinero. Que el interesado mande su nombre y dirección á la Derk P. Yonkerman Company, Ltd., Departamento 670, 6, Bouverie Street, Londres, Inglaterra, haciendo mención de este periódico y se le enviará el libro bajo cubierta sencilla, libre de porte, á vuelta de correo.

Que no se espere que se desarrollen los síntomas de la Tisis. Si tiene usted Catarro crónico, Bronquitis, Asma, dolores en el pecho, resfrio de los pulmones, ó cualquiera enfermedad de la garganta ó de los pulmones, escribanos hoy, pidiendo el libro.

AUTOMÓVILES INDUSTRIALES

"HUMBER LIMITED"



MODELO 10 HP., TIPO 500 KILOS DE CARGA

ESPECIALIDAD EN VEHÍCULOS DE TIPOS LIGEROS, COCHES COMERCIALES DE 8 HP., 10 HP. Y 11 HP., CON CARROCERÍAS APROPIADAS PARA REPARTOS DE MERCANCÍAS Á DOMICILIO

Modelo 10 HP., para transportar 500 kilos de peso, Ptas. 7.500

incluyendo accesorios y una rueda de repuesto, entregado en España

Garantía: Un año contra todo defecto de construcción

Delegación "Humber Ltd."
D. JULIO BARRERAS
VIGO (España)

KÁULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

PRENSA GRÁFICA (S. A.)

El Consejo Directivo convoca á Junta general extraordinaria, que se celebrará el día 2 de Diciembre próximo, á las cinco de la tarde, en el domicilio social, para resolver sobre estos puntos: 1.º Reforma de los Estatutos. 2.º Aumento del capital. 3.º Inversión del mismo.

Madrid 19 de Noviembre de 1914.

El presidente del Consejo Directivo,
MARIANO ZAVALA

Representantes exclusivos para esta Revista en la República Argentina

MASSIP Y COMPAÑIA

Rivadavia, 698, Buenos Aires

Creación de la
Perfumeria **FLORALIA**
Granada 2, Madrid

Supera al mejor extranjero
Pts. 1,25 la pastilla, en las buenas
perfumerias



“La fama del jabon
“Flores del Campo,”
traspasa todas las fronteras

BARTOLZI